3809

GALERIA DRAMATICA

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

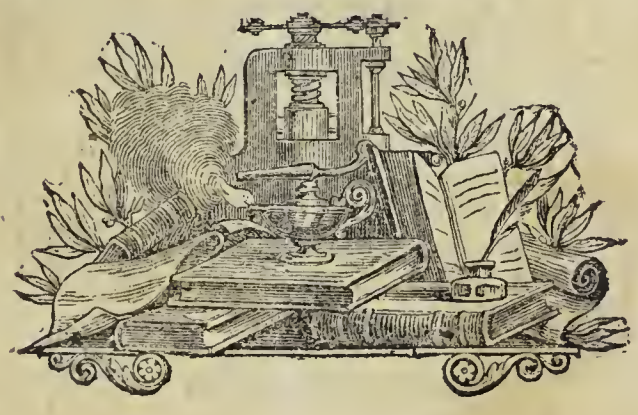
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATALOGO *de las comedias que contiene esta Galeria.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia.
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacifico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca finjida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La batelera de pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Càrlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde, ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendarias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sueño
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª p
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey 2.ª p
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Arag
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antañ
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde n
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatias.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor.
Empeños de una venganz
¡Es un bandido!

LOS DOS VIREYES.

DRAMA EN TRES ACTOS,

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

PERSONAS.

EL CONDE DE VERGARA.
DON GARCIA DE ORELLANA.
DON RODRIGO DE LUZ, *conde de Monforte.*
DIEGO.
ANGELINA.
UN JUEZ.
UN SOLDADO.
UN PESCADOR.

Jueces, soldados españoles, pescadores napolitanos, miembros del consejo colateral, &c., &c.

La escena es en Nápoles, el dia 10 *de noviembre de* 1653.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Salon del palacio del virey suntuosamente adornado, cuya bóveda está sostenida por dos robustos pilares. Balcon á la derecha, puerta en el fondo y secretas á los lados.=Mesa con cubierta de terciopelo blasonada. Sillones, escribania, &c., &c.

ESCENA PRIMERA.

EL VIRREY.

Por Cristo!... esa vil canalla
no se contenta jamas.
¡Oh, no he volverme atrás,
ni rehusar la batalla!
¿Quiere el populacho guerra?
Pues habrá guerra y cruel.
Con tu sangre, pueblo infiel,
fertilizaré tu tierra.
(*Mirando por el balcon.*)
Sí, retoñarán tus mieses
granos con tu sangre rojos,
y trocarán mis enojos
tus frutales en cipreses.
Sangre habrá, duelos prolijos,
y ¡vive Dios! que de hoy mas
en sangre te bañarás;
sangre han de beber tus hijos.

678347

ESCENA II.

EL VIREY. *Varios individuos del consejo colateral con togas &c. Los síndicos, &c.*

Virey. ¡Hola! adelante, señores:
entrad y dadme noticias
de esa rebelion.
Un consej. Albricias
os damos ya. Los traidores
se han dispersado; está sola
la plaza, y Nápoles todo
se calma del mismo modo
ante la enseña española.
Virey. ¿Con que vuestra fiel ciudad
de Nápoles va ¡par diez!
por la vigésima vez
contra su rey? En verdad
que debiera con mas juicio
andar en tales proezas,
y no ofrecer mas cabezas
al altar del sacrificio.
Consejero. Señor conde...
Virey. Idos de aqui,
señores, y no os dé empacho
en decir al populacho
lo que vais á oir de mí.
Decid que mandé plantar
una horca en esa plaza
y en vez de azote y mordaza
sus cuerdas mandé emplear.
Decidle que si pensó
escudarse con la ley
ya no hay mas ley, ni mas rey,
ni mas tribunal que yo.
Y al que murmure ó se asombre,
haré porque el resto calle,
matarle donde se le halle,
sea muger, sea hombre.
¿Lo habeis entendido bien?
Pues id al pueblo á decirlo,

y tomadlo al repetirlo
para vosotros tambien.
Si Nápoles no se humilla
de Castilla al blando yugo,
se humillará del verdugo
bajo la corva cuchilla.
Salid, y no os olvideis
que si no cesa el tumulto,
hago degollar á bulto
á cuatro por cada seis.

ESCENA III.

EL VIREY.

Yo pondré á esa chusma vil
de pescadores soeces
como ellos ponen sus peces
prensados en el barril.
Y si aun me osan levantar
una voz esos infieles,
sobre sus propios bajeles.
se los sorberá la mar.

ESCENA IV.

EL VIREY. DIEGO.

Virey. ¡Hola, servidor leal,
te esperaba con ardor!
¡Qué hay por ahí!
Diego. Nada, señor.
Ya está remediado el mal.
Virey. ¿Cuál ha sido la ocasion
de esa bulla?
Diego. El santo celo
de pedir de Masanielo...
Virey. ¿Qué?
Diego. La canonizacion.
Virey. ¡Diego!
Diego. No es mas que lo dicho:
esos pescadores ruines

que han dado en armar motines
con el mas terco capricho,
su cadáver exhumaron,
y en procesion funeral
de su amigo el cardenal
hasta el palacio llegaron.
Hubo blasfemias atroces;
mendigos, viejos, muchachas
con faroles y con hachas,
pedian á grandes voces
que declarase por santo
al rebelde Masanielo,
mártir de Dios.

Virey. Y el capelo
¿qué es lo que hacia entretanto?

Diego. Estarse como un huron
encerradito en su alcoba,
que no es su Eminencia boba,
ni peca de imprevision.
Ya el populacho impaciente
al ver señas tan inciertas
en el cardenal, sus puertas
desvencijaba insolente.
Mas todo ello concluyó
muriendo sus esperanzas,
cuando con setenta lanzas
metíme en la plaza yo.
El que en sus piernas no puso
su salvacion, la cabeza
perdió alli por su torpeza.
Ya sabeis que este es el uso.
Y á los minutos siguientes,
las mas brabas, en dos filas,
los tazones y las pilas
festonaban de las fuentes.
Con lo cual, los que escaparon
de esta justicia agarena,
sin duda en cabeza agena
escarmentando callaron.

Virey. Tu lealtad no se acrisola
hasta sacar con sigilo
el ovillo por el hilo:

esa hoguera no arde sola.

Diego. Teneis razon ; mas espero
que con el cabo en que toco ,
tirando poquito á poco
sacaré el ovillo entero.

Virey. Veo , Diego , tu destreza.

Diego. Y os asombrará algun dia :
ó soy ó no soy espía.

Virey. Con que todo...! pues empieza.

Diego. De estas revueltas el germen
no está en el pueblo que grita ;
el cardenal , que os evita ,
y el viejo duque nó duermen.

Virey. ¿El de Guisa?

Diego. O yo estoy ciego
ó ese ovillo y esa hoguera
atan y soplan de fuera
los dos; escuchadme os ruego.
Hará como unos tres meses
que á una muger misteriosa
trajo á esta ciudad dichosa
un barco de portugueses.
Tomó esta desconocida
tal precaucion en taparse ,
que fue inútil afanarse
en averiguar su vida.
Jamás abrió sus balcones,
ni alzó su velo tupido
á un saludo comedido ,
ni á las nocturnas canciones.
Y aunque su garbo promete
libertad , nobleza y oro ,
no desmintió su decoro
ni un regalo , ni un billete.
Nadie su casa visita ;
los nobles mas perspicaces ,
los mancebos mas audaces
desesperan de una cita.
No pasa por sus dinteles
ni pagecillo , ni dueña
á quien el dinero empeña
en dar ó tomar papeles.

Solo un sombrío escudero,
con trage ó disfraz de España,
en silencio la acompaña
frio como ella y severo.
Y envuelto en su capa oscura,
con su espadon abrazado,
con militar desenfado
por donde va la asegura.
Mas, señor, hablando en plata,
jamás se la vió pasar
sino para ir á rezar.

Virey. ¿Adónde?

Diego. A la *Incoronata.*

Virey. ¡A la Incoronata!

Diego. Sí,
es la iglesia mas vecina
de la calle Catalina.

Virey. ¿Vive esa muger alli?

Diego. Alli vive.

Virey. ¿En una casa
de seis balcones?

Diego. ¿Por Dios
la conociais vos?

Virey. Tengo una noticia escasa
de esa muger.

Diego. No sé cómo,
(*Con intencion.*)
porque un hombre hay solamente
que logró hablarla audazmente,
y aunque jamas tuvo asomo
de favor con la hermosura,
rondó de noche á sus rejas,
y aun que entonó amantes quejas
bajo de ellas se asegura...
mas sin duda el escudero
salió una noche al cantor,
porque hubo en una rumor
tras del cántico, de acero,
y el músico no volvió.
¿Mas qué teneis?

Virey. Impaciencia
de oir tanta incoherencia

como tu labio ensartó.
¿Qué diablos tiene que ver
con esta conspiracion
ese page, esa cancion,
ni ese hombre, ni esa muger?

Diego. Idos, señor, poco á poco,
que si os dignais escuchar,
en ella habreis de encontrar
de esta rebelion el foco.

Virey. Muger, tan joven, tan sola...
eso es imposible, Diego.

Diego. Mudareis de opinion luego
que sepais que es española.

Virey. ¡Española!

Diego. Sí, escuchad.
Visteis de ayer la horrorosa
tormenta.

Virey. Sí, sí; espantosa
la mar estuvo en verdad.

Diego. Pues bien, á la hora postrera
de esta noche tan fatal
víctima del temporal
zozobró aqui una galera.
Toda su tripulacion
se hundió en el mar irritado:
solo un hombre pudo á nado
encontrar su salvacion.
Con serena bizarría,
con invencible constancia,
ni le arredró la distancia,
ni temió la mar bravía.
Luchó por mas de una hora
contra las hondas, y al cabo
agotó su aliento bravo
al despuntar de la aurora.
Con sus primeros albores
desde su barca le vieron,
y en ella le recogieron
unos buenos pescadores.
Este hombre, pues, cuya edad
pasa ya de años cincuenta,
mas que tiene de los treinta

el brio y la agilidad,
traia colgado al cuello
de metal un cajoncillo
y en un dedo un grueso anillo
con blasones y con sello,
rezó un momento, el tesoro
guardó que en la caja encierra,
y pagó el saltar á tierra
con una cadena de oro.
Desapareció en seguida
por oscura encrucijada
sin que dejase marcada
su huella desconocida.
Y de mi gente mas lista
los ojos mas perspicaces
no han sido hasta ahora capaces
de rastrearle la pista.

Virey. ¿Mas qué tiene, pesiamí,
todo ese cuento que ver
con aquella otra muger?

Diego. Oid, que vamos ahí.
Por lenguas que una vecina
nos dió, sospecha certera
tuvimos de esa estrangera
de la calle Catalina.
En su casa sospechamos
que estaba el náufrago oculto,
y hace media hora que á bulto
en ella nos presentamos.
Asaltamos con sigilo
su alcoba, tras visto todo.

Virey. ¿Y estaba?

Diego. De ningun modo:
reposando muy tranquilo
en su propio lecho hallamos,
no al náufrago misterioso,
sino al mozo mas hermoso
que haber visto recordamos.

Virey. Voto va.

Diego. Los veinte abriles
contará apenas tal vez:
pero es un mozo ¡pardiez!

gentil entre los gentiles.

Virey. Concluye en fin...

Diego. Con voz fiera
nos dijo insultos atroces,
mas yo desprecié sus voces,
y hallé al fin esta cartera
bajo de su almohada.

Virey. A ver. (*Las mira.*)
Cartas del duque de Guisa!

Diego. Por eso con tanta prisa
os las vine yo á traer.
Y este retrato ademas
(*Dale un medallon.*)
que tomé del cuello de ella,
por si aclaraba la huella
de algun rebelde quizas.

Virey. Dame: es de un hombre y anciano.

Diego. ¡Qué noble fisonomía!
¿le conoceis?

Virey. No á fe mia,
pero es de maestra mano.
mas ese mozo...

Diego. Le traigo
preso.

Virey. ¿Y la joven?

Diego. Ahora
clamando por veros llora
en la antesala.

Virey. Ya caigo.
Quiere por ese traidor
su hermosura interponer.

Diego. Dice que espera mover
vuestro corazon, señor.

Virey. Diego, tráemele al momento.

Diego. ¿Ver su escelencia no quiere
á esa muchacha?

Virey. Que espere
en el próximo aposento.

ESCENA V.

EL VIREY.

¡Ira de Dios, ella es!
ella... mas juro á los cielos
que él aplacará mis celos
agonizando á mis pies.
¡Ah, todo lo veo claro;
en huirme tanto afan
era por ese galan!
pero ha de costarle caro.

ESCENA VI.

EL VIREY. D. RODRIGO, *entre soldados.* DIEGO.

Virey. (¡Gallardo mozo en verdad!)
Con que eres tú ese villano
que osa con traidora mano
del rey á la magestad?
Rodrigo. Señor conde de Vergara,
mudad si os place de tono,
que es facil que tanto encono
os salga luego á la cara.
Virey. ¡Infame!
Rodrigo. Señor Virey...
Yo tengo un nombre mejor,
que puede con mucho honor
servir aun al mismo rey.
Yo me llamo don Rodrigo
de Luz, conde de Monforte,
y no hay úno en vuestra corte
que se compare conmigo.
Y á los nobles, vive Dios,
no podeis en juicio osar,
porque sus culpas juzgar
toca al consejo no á vos.
Virey. Si lástima no tuviera
á vuestra edad tan temprana,

Monforte, el sol de mañana.
ya para vos no saliera.
Que aunque decís, con razon,
que no puedo á un noble osar,
puedo sin embargo ahorcar
un reo de alta traicion.

Rodrigo. ¡Yo traidor!

Virey. Pruebas son hartas
que os pueden matar y aprisa,
del noble duque de Guisa,
conde Rodrigo, esas cartas.

Rodrigo. ¡Esas cartas que son obra
de algun esbirro impostor!

Virey. Para llamaros traidor
con cualquiera de ellas sobra.
Pero dejemos á un lado
cuestion que nos sienta mal,
y que justo el tribunal
fallará por de contado;
vos sois noble y me habeis hecho
tan á tiempo esta objecion,
que renuncio con razon
de juzgaros el derecho.
De próceres teneis, sí,
un tribunal competente,
y no hay miedo que yo atente
á vuestros fueros alli,
Nada de eso; mas con todo
en calidad de virey,
con los traidores al rey,
me cumple obrar de otro modo.
Por lo cual, antes de ir
al tribunal que apelais,
quiero yo que me digais,
y os ruego, que sin mentir.
¿Qué relaciones os ligan
á una joven estrangera?...

Rodrigo. Es impostura grosera,
señor, cuanto de ella os digan.

Virey. De estar como vos la ocusan
puesta en comunicacion
de vuestra conspiracion

con las cabezas.

Rodrigo. ¡Oh, abusan
de vuestra bondad, señor,
es inocente!

Virey. Mancebo,
no sé lo que de ella debo
pensar por vuestro temor.

Rodrigo. Es inocente, os lo juro,
señor virey; lo demas
un secreto es que jamas
saldrá de mí.

Virey. Os aseguro,
señor Monforte, que tengo
resuelto saberlo todo
y lo direis.

Rodrigo. De ese modo,
señor virey, os prevengo
que tan joven como soy
tengo un alma tan entera,
que sin deciros muriera
lo que en callaros estoy.

Virey. Brabatas de vuestra edad;
si yo os pongo en la tortura,
á pesar de esa brabura,
confesareis la verdad.

Rodrigo. Señor conde de Vergara,
antes que sufrir tal mengua,
os escupiré la lengua
desde el tormento á la cara.
¡Tortura á mí! ¡vive Dios!
antes que hablara yo en ella,
se apagaria la estrella
de uno de nosotros dos.
Aqui vendria mañana
injuria tan afrentosa
á vengar la generosa
nobleza napolitana.
Y el pueblo que os aborrece
con ella unido á la vez,
vuestra tirana altivez
pagara como merece.

Virey. Siempre las revueltas olas

de esa servil muchedumbre
cederán segun costumbre
á mis lanzas españolas.

Rodrigo. No os fieis tanto, señor,
que aunque pobres pescadores,
contra duros opresores
su fe les dará valor.

Virey. Basta: vuestra audacia iguala
vuestra perfidia: y oid
un buen consejo. Salid. (*A los guardias.*)
Diego, espera en la antesala.
(*Salen los guardias y Diego.*)

ESCENA VII.

VIREY. RODRIGO.

Virey. Oidme, joven conde de Monforte. He hecho salir á todos esos testigos cuyos oidos torpes oyendo mal lo que nada les importa, podrian interpretar peor palabras que no estarian en estado de comprender. Ahora pues que estamos á solas, voy á daros un consejo que espero no despreciareis por lo mucho que os interesa.

Rodrigo. A la verdad que no alcanzo, señor virey, el verdadero sentido que quereis dar á tan retórico circunloquio; pero ya os he dicho que desprecio vuestras amenazas, y espero á mi vez que no tendreis el orgullo de creer que vuestros torcidos consejos harán mas mella en mi corazon.

Virey. De todas maneras, oid lo que os quiero aconsejar.

Rodrigo. Decid, que os escucho.

Virey. Vos sois aun muy joven para conocer el mundo y las pasiones tal como son en sí; engañosas y corrompidas. Sois, digo, muy joven, y me desagradaria veros ir al cadalso con la frente serena y con heróica resolucion por una causa indigna de un alma tan noble como la vuestra.

Rodrigo. Os he dicho, y os lo repito por última vez, señor conde de Vergara, que no tengo parte alguna en la conspiracion presente, y que esas cartas del duque de Guisa son una impostura infame.

Virey. No es de eso de lo que se trata ahora. No son las cartas del duque, ni la conspiracion, la causa indigna de vos; no: puesto que teneis un tribunal competente que os juzgará, si estais inocente como decís, si no habeis conspirado como asegurais, nada teneis que temer de la rectitud de vuestros jueces. De lo que yo quiero hablaros es de esa estrangera.

Rodrigo. Señor virey!

Virey. Oh! veo que la amais con toda la sencillez de vuestro corazon y de vuestros veinte y dos años.

Rodrigo. Pues bien. Sí; la amo, la idolatro. Hace mucho tiempo que mi existencia no tiene otro halago ni otra esperanza: pero el origen de esta pasion con cuyo encanto vivo, la razon oculta de mis relaciones misteriosas con esa joven son un secreto de familia que nadie tiene derecho á escudriñar, y cuya confesion os protesto que no arrancarán á mis labios ni vuestras amonestaciones, ni vuestra tortura.

Virey. Estais trastornado; buen joven, vuestra imaginacion fascinada os hace ver esa pasion por un prisma encantado que embellece y perfecciona cuanto toca al objeto que os la alimenta. Pero creedme, no comprometais vuestros dias, el lustre de vuestro nombre y el reposo de vuestra madre por una muger, que abusando de vuestra ciega confianza os paga muy mal la buena fé con que la entregais vuestra alma inesperta.

Rodrigo. Vive Dios, señor virey, que los que han calumniado en vuestra presencia á esa infeliz criatura han mentido como villanos.

Virey. Acordaos de que empleo inmensos caudales en mantener una severa cuanto necesaria policía, cuyos individuos tienen obligacion de penetrar hasta los secretos mas íntimos de las mas oscuras familias. Acordaos de que esa muger que ha escitado mis sospechas hace algun tiempo, ha sido seguida, espiada por todas partes, de noche y de dia; y que no ha dado un paso, no ha pronunciado una palabra, no ha exhalado un suspiro que no haya venido á retumbar en los oidos del virey de Nápoles, quien os asegura que sois víctima de su falsedad.

Rodrigo. Penetro todo el veneno de vuestras frases, señor virey. Quereis vengaros de la firmeza que os he

manifestado, del desprecio que he hecho de vuestras amenazas fiado en mi razon y en la nobleza de la clase á que pertenezco, y quereis emponzoñar mi alma, envolviéndola en las tinieblas de la duda, acerca de lo único en que creo y espero despues de Dios; en el amor de esa muger. Pero os habeis equivocado; la conozco mas de lo que pensais, leo en su corazon mejor que vos en el mio, y me atrevo á juraros por las cenizas de mi padre, que no hay en todo Nápoles un solo hombre que pueda jactarse de haber visto el brillo de sus ojos, ni de haber escuchado el encanto de sus palabras.

Virey. Pobre joven! me dais compasion. ¿Qué diriais si yo os presentara uno cuyos ojos hiciesen bajar los suyos, y cuyo acento hiciera brotar sus lágrimas y caer á sus pies pidiendo misericordia?

Rodrigo. Eso es imposible, virey.

Virey. Y si no lo fuera?

Rodrigo. Repito que es imposible, y si hubiese algun comprado impostor que se atreviese delante de mi á sostener tamaño absurdo, por Dios que serian las últimas palabras de su vida, porque yo se la arrancaria donde quiera que le encontrara.

Virey. Pues bien, vos mismo sereis juez en este asunto; voy á mandar que introduzcan á esa muger en este salon, y vereis, noble conde, como no es vuestra presencia lo que mas va á sorprender á la señora de vuestros pensamientos. Hola, Diego!

ESCENA VIII.

DICHOS.—DIEGO.

Diego. Qué mandais, señor?

Virey. Had entrar á esa muger, acusada como cómplice del noble don Rodrigo de Luz, conde de Monforte. (*Al conde.*) Espiad bien el momento en que pase el dintel de esa puerta, y preguntaos á vos mismo á quién de los dos reconoce mas pronto.

ESCENA IX.

EL VIREY. DON RODRIGO. ANGELINA.

Angelina. Señor, si hay en vuestra alma... Cielos! amparadme! (*Cae de rodillas á los pies del virey.*)

Rodrigo. Ira de Dios! Angelina!

Virey. Silencio, mancebo: ya veis que hay un hombre en Nápoles que no solo ha visto el brillo de sus ojos, y oido el encanto de sus palabras, sino delante de quien se avergüenza y se postra.

Angelina. Señor virey!

Virey. Silencio digo. ¿Y sabeis, joven, por qué se humilla delante de otro que vos? Pues sabed que otro ademas de vos es víctima de sus engaños, porque esta señora ha jurado delante de otro que un voto indisoluble la prohibia oir las palabras de ningun hombre; y esto ya podeis conocer, buen don Rodrigo de Lúz, conde de Monforte, que es renegar de vuestro amor en presencia del virey de Nápoles.

Angelina. No, señor virey, mil veces no.

Virey. Hareis muy mal en dar crédito á sus voces: será muy capaz de renegar hasta de sí misma.

Rodrigo. Dime, Angelina, dime por piedad que ese hombre está loco, que lo que dice es un sueño; dime que no le conoceis, que no le has visto jamas.

Virey. Oh! eso sí que no podrá negarlo.

Angelina. Yo no sé mentir: le he visto.

Virey. Y hablado: señor Monforte. Hola!

Rodrigo. Un momento, señor virey; un momento, por cuanto caro tengais en el universo.

Virey. Qué quereis?

Rodrigo. Un instante de esplicacion acerca de lo que acabo de oir: oh! una hora de esta angustiosa incertidumbre me ahogaria: os lo aseguro.

ESCENA X.

DIEGO. GUARDIAS.

Virey. Guardad en el aposento inmediato á este noble joven.

Rodrigo. Conde de Vergara, teneis un corazon de hiena, y os digo que sois un vil, y un miserable.

Angelina. Perdon, señor, perdon!

Virey. (*A Angelina.*) Apartad. La esplicacion que me pedís, voy á tenerla yo con esta dama; y de sus respuestas depende solo vuestra salvacion y vuestra existencia. Id, pues, señor Monforte, á esperar vuestra sentencia, favorable ó contraria, en el vecino aposento, donde os serán comunicadas las órdenes del virey.

ESCENA XI.

EL VIREY. ANGELINA.

Angelina. Perdonad, señor, si os callé la verdad. Los cielos me son testigos de que mi intento no fue jamás engañaros: pero habia jurado guardar silencio. ¿A qué negároslo, señor? Yo veia que me seguíais por todas partes: oia por las noches las canciones de vuestros músicos al pie de mis ventanas: os encontraba siempre inmoble y apoyado en el macizo pilar de Nuestra Señora L'Incoronata, y no se me ocultaba que vuestros ojos estaban devorando los mios por cima de vuestro embozo, y á través de mi espeso velo. Pero yo no podia corresponderos; y viendo que mi indiferencia nada podia con vos, que habíais venido dos veces con sacrilega audacia á arrodillaros á mi lado, para dejar caer en mis oidos vuestras tentadoras palabras, dejé de ir al templo, y me pasé los dias y las noches encerrada en mi aposento, sin poder llegarme al altar de nuestra Señora á rogar por mi anciano padre. Ah! todo lo sacrifiqué, porque siempre aguardaba que vuestro amor...

Virey. Mi amor, miserable criatura! mi amor ha crecido con el tiempo, sí; lo que fue una chispa inflamada al soplo de un pasagero capricho, es hoy una hoguera que llena todo mi corazon, una hoguera inmensa que tus palabras atizan con otro fuego mas devorador, el de los celos. Miserable, me hablabas de un voto que te prohibia escuchar las palabras de los hombres, ¿y bajo tu mismo techo ocultabas, doblemente pérfida, un galan preferido y un enemigo del estado?

Angelina. Llenadme de injurias, señor; descargad sobre

mí toda vuestra cólera: yo no imploro vuestra misericordia mas que para él. Os juro mil veces por la Virgen Maria que es inocente. Uno de los esbirros que asaltaron esta mañana nuestra casa, puso bajo su almohada unos papeles que supuso ser cartas que le acusaban de conspirador.—Pero es una infame falsedad; porque yo se las ví sacar de su jubon antes de ponerlas en nuestro lecho. Oh! yo no soy mas que una infeliz muger; pero si vos no dais crédito á mis palabras, sabré repetirlas en alta voz delante de todo el mundo.

Virey. Y nadie te creerá, porque estás acusada de ser su cómplice; y porque aunque todos estuvieran convencidos de su verdad, todos saben que es nulo el testimonio de las cortesanas, y tus lágrimas, tus juramentos y tus súplicas no harian mas que agravar la mala causa de tu amante.

Angelina. ¿Y qué habeis visto en mí, señor virey, para tomarme por una vil cortesana? ¿Qué razones habeis hallado para aplicarme un título tan afrentoso? ¿Será acaso porque mi velo es tres veces mas espeso que el de las doncellas napolitanas? ¿será porque siempre me he presentado en público vestida de luto y acompañada de un viejo escudero, cuya librea no deja dudar de la nobleza de mi sangre? O será porque mis oidos, señor conde, han estado siempre cerrados á vuestras amorosas propuestas? Por vida mia! meditad mejor vuestras palabras cuando toquen á la reputacion de las mugeres, porque dareis á conocer que sois un torpe libertino, y os arriesgais á equivocar como ahora con una impúdica cortesana á la condesa de Monforte, que os desprecia demasiado para no escupiros á la cara por el baldon que acabais de hacerla.

Virey. Vos condesa de Monforte!

Angelina. Sí, señor virey, esposa de don Rodrigo.

Virey. Su esposa! Oh! circunstancia es esta que no le librará del cadalso.

Angelina. Perdon, perdon! Olvidad, señor, mis palabras, como yo olvidaré vuestra injuria. Pero os protesto que Rodrigo es inocente; que no ha urdido jamás conspiracion alguna. ¿Qué tiene de comun un noble como él con esa turba de miserables pescadores? Escuchadme, señor, quiero revelároslo todo, porque al fin es fuerza

que lo sepais para que nos hagais justicia.—Hemos sido tan desdichados!...

Virey. Vas á darme algunas noticias de los demas gefes de esa conspiracion?

Angelina. Ah! nada sé de eso, señor.—No os he dicho ya que somos inocentes! Monforte ha vivido mucho tiempo lejos de su pais. Oh! es una historia completa. Si os dignais oirme un momento, os convencereis de nuestra inocencia. Yo perdí mi madre cuando salí á la luz del mundo, y soy española como vos.

Virey. Española!

Angelina. Sí; recibia mi educacion lejos de mi padre, en un convento de Sevilla. Allí, á través de las celosías y de las rejas, penetraron los ojos y los suspiros de un gallardo mancebo que venia todos los dias á nuestros oficios. Supe que era desgraciado, y que todos sus votos se dirigian á suplicar al cielo que le permitiese volver á su patria, y abrazar á su pobre madre que le lloraba... y la compasion hizo lugar al amor, y el amor me precipitó en brazos de la locura. Amé á Monforte, señor, y cuando obtuvo licencia para volver á su pais, no tuve valor para renunciar á su cariño, y huí con él. No quiero contaros los trabajos que sufrimos, mis remordimientos, mi afan, los medios que tuvimos que adoptar... Perdonadme, Dios mio, tan vergonzosa confesion.

Virey. Continuad, continuad.

Angelina. Anduvimos errantes noche y dia como delincuentes perseguidos por la maldicion divina, y el miedo, la fatiga y los remordimientos alteraron mi salud de tal manera, que me ví á las puertas de la muerte. Conmovido de mi deplorable estado, nos recogió en su casa con evangélica piedad un sacerdote de una escondida aldea: y advertida de que llegaba el término de mis dias, escribí á mi padre una carta rogándole que me perdonase: encerré dentro de ella una trenza de mis cabellos, y supliqué al sacerdote que se la remitiese por mano desconocida, á fin de que nunca supiese mi padre la espantosa miseria en que moria, y al menos no maldijese mi memoria sobre mi sepulcro. Hízolo asi el buen eclesiástico; mas el cielo dispuso que yo recobrara mi salud, y antes de volver á emprender

nuestro viaje, escuchó nuestra confesion y bendijo nuestro himeneo. Seguí á mi esposo, y no he querido desengañar á mi padre, que me cree muerta, porque juró vengarse cruelmente de mi pobre Rodrigo. Esta es mi historia, señor, y hé aqui porque nos ocultábamos en las sombras del misterio... Y sin embargo, yo adoro á mi padre, y me atrevo por fin á haceros una súplica postrera.

Virey. Cuál es?

Angelina. Que me devuelvan su retrato, que me fué arrancado del cuello esta mañana por uno de vuestros agentes, cuando sorprendieron vuestra casa. Si asi lo haceis, rogaré por vos como lo hago por él todas las tardes en el templo de la Incoronata, donde me vísteis por la primera vez.—Ya sabeis, pues, quién somos; ya veis que ninguna parte tenemos en las revueltas de este pais, que somos inocentes: servíos, pues, mandar dar libertad á Ramiro; que por este servicio, si necesario fuese, morirá lidiando por vos aunque sea contra sus mismos conciudadanos de Nápoles.

Virey. Pues bien, ya que eres la esposa de Monforte, yo te perdono.

Angelina. Oh! cómo pagaros, señor, vuestra generosidad!

Virey. Poniéndote bajo mi proteccion.

Angelina. No, jamás!

Virey. Con esa condicion podrá disponer de un barco que le conducirá esta noche muy lejos de aqui; de otro modo mandaré al punto reunir el tribunal secreto, y falsas ó verdaderas las cartas del duque de Guisa, le llevarán á morir en el cadalso.

Angelina. Hombre vil, para esto me escuchaste con sangre fria la historia de nuestras desventuras?

Virey. Elije, pues.

Angelina. No, no, mil veces no: primero consentiré en que rueden nuestras cabezas escarnecidas por la hez del populacho.

Virey. Sea.—Diego.

ESCENA XII.

ANGELINA. EL VIREY. DIEGO.

Virey. Conduce á esta muger á uno de los calabozos interiores de este palacio, y guárdame en otro distinto á ese mancebo.

Angelina. Mónstruo! caiga sobre tí la ira del cielo.

Virey. Basta.—Diego, had que dentro de una hora se reuna el consejo secreto en este mismo salon. Esta hora os doy de término; pensadlo bien, condesa de Monforte. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ANGELINA. DIEGO. GUARDIAS.

(*Los guardias la conducen en medio de ellos hácia la puerta secreta de la izquierda: al salir, la voz de Diego les detiene, y la escuchan.*)

Diego. Conducidla con todo el miramiento de que seais capaces, á la prision mas cómoda del palacio. Y cuenta con que os atrevais ni á dirigirla la palabra, porque os haré clavar la lengua en la puerta de su calabozo. Id.

ESCENA XIV.

DIEGO. DON RODRIGO, *que se presenta á una señal de Diego.*

Diego. Venid, joven.

Rodrigo. A dónde vamos?

Diego. A los calabozos de Palacio. Pero desarrugad el ceño que entolda vuestras miradas, y escuchadme antes un breve instante.

Rodrigo. Qué quieres de mí, miserable!

Diego. Quiero sacaros de un error, para consuelo de vuestra alma: quiero daros una pauta segura para que conozcais á vuestros amigos, y los distingais de los que no lo son.

Rodrigo. Yo desprecio la amistad de gentes tan infames, como los esbirros del virey de Nápoles.

Diego. Poco á poco, caballerito, poco á poco. Es verdad que yo soy quien os há arrestado; pero olvidais que no os he faltado á la consideracion que mereceis, y que he permitido que me lleneis de ultrajes, y no he hecho caso de las amenazas que habeis fulminado á mis gentes. Ademas, he escoltado hasta palacio á esa joven á quien amais, mas bien como una imagen que se lleva en procesion, que como una acusada que se conduce á un tribunal. Bien sé que sois inocentes, y lo sé tanto mejor cuanto que conozco al individuo que introdujo al despertaros bajo vuestra almohada unas cartas del duque de Guisa, cuyas cartas llevaba bajo su jubon el individuo de quien os hablo.

Rodrigo. Y quién es, vive Dios! el villano que imaginó tan ruin calumnia?

Diego. Yo, señor mancebo, yo mismo.

Rodrigo. Tú!

Diego. Escuchadme, señor Monforte, y despues sereis dueño de estrechar ó de no admitir la mano amiga que vengo á tenderos. El virey ha encontrado á vuestra esposa dos veces en el templo de la Incoronata. A beneficio de su disfraz la habló él mismo estas dos veces. La primera fue despedido con severidad; la segunda, viendo á aquel hombre obstinado en perseguirla, y temiendo que lo supiéseis vos, le hizo saber que un voto indisoluble la impedia escuchar la voz de los hombres. Todo lo demas que el virey os haya querido hacer creer con respecto á sus relaciones con ella, es una solemne mentira.

Rodrigo. Ah! Dios os premie, buen hombre, la paz que vuestras palabras vuelven á mi corazon.

Diego. Oid. El virey creia ser él solo poseedor de este secreto; se imaginaba que su disfraz le ponia á salvo de todos los ojos, y que todo el mundo ignoraba sus nocturnas escursiones, y las músicas que pagaba como un vulgar galanteador; pero se engañaba. Yo le he seguido como una sombra, me he arrastrado como una culebra por las calles mas solitarias, he trepado como una astuta zorra por las paredes y las escalinatas de los jardines y de los palacios, y me he agazapado co-

mo un buron entre los confesonarios de la Incoronata, y todo lo he visto, todo lo he oido... y le he probado bien á su costa, que ha tenido mucha razon en elegirme para su espía favorito.

Rodrigo. Concluid, que me teneis impaciente, y no comprendo...

Diego. Ahora bien, respondedme francamente á la pregunta que voy á haceros. Cuando hace dos años el virey insultó á las mugeres del pueblo, el pueblo pegó fuego á su palacio, y degolló la mitad de su guardia: ahora que el virey ha insultado á las mugeres de los nobles, ¿qué harán los nobles á su vez?

Rodrigo. A dónde vais á parar?

Diego. Yo detesto al virey con mis cinco sentidos; pero si mi boca os hubiera dicho ayer: «conde de Monforte, el virey trata de robaros vuestra esposa,» me hubiérais contestado que mentia como un bellaco. Si os hubiera dicho: «conspirad con nosotros para derrocar al virey,» me hubiérais denunciado antes que uniros á la plebe. He adoptado, pues, otro medio mas seguro; el de denunciaros yo mismo á vos. El tribunal se reune aqui mismo dentro de una hora, y el virey obtendrá sin duda vuestra condena, porque está ciego por vuestra muger. Ahora, conde de Monforte, quereis uniros á la plebe para derrocar al virey?

Rodrigo. Y quién me responde de tí?

Diego. Os daré la libertad.

Rodrigo. Y á Angelina?

Diego. Oh! esa me quedará en rehenes, para responderme á su vez de vos.

Rodrigo. No quiero: ó lo dos, ó nadie.

Diego. Pues bien, escribid una carta á vuestra madre, que está en Nápoles. Decidla que el virey ha atropellado los fueros de la nobleza, y ha atentado al honor de vuestra esposa. Yo me encargo de hacerla llegar á sus manos, y á las del cardenal Mazarino, y todos los nobles se alarmarán, y la conjuracion mal ahogada por mí en la noche anterior fermentará sordamente robustecida por la nobleza, y estallará dentro de pocas horas para salvaros, tomando la vida del virey en venganza de la vuestra. Dudais? Veo que no teneis fé en mi resolucion, porque ignorais las razones que tengo

para odiar al virey. Pues bien, yo soy español como él, y tenia una muger como vos la teneis ahora: él la vió, como ha visto á la vuestra...

Rodrigo. Basta: cuándo he de escribir esa carta?

Diego. Ahora mismo, en vuestro calabozo.

Rodrigo. Cuándo estará en poder de mi madre?

Diego. Dentro de diez minutos.

Rodrigo. Vamos: pero si me vendes, Dios será mi vengador.

Diego. Os daré todavia otra seguridad.

Rodrigo. Cuál?

Diego. Pondré á vuestra muger en vuestro mismo calabozo, hasta que os traiga la respuesta del cardenal.

Rodrigo. Acepto, y toma. (*Le tiende la mano.*)

Diego. Apretad, y vamos. (Y mañana, señor virey, amanecerá dios y medraremos.) (*Diego conduce á don Ramiro por la misma puerta por donde llevaron á Angelina, y cae el telon.*)

Acto segundo.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL VIREY. *Los cinco jueces del consejo secreto sentados al rededor de la mesa.* ANGELINA, *sentada en un taburete sin respaldo.*

Juez. En fin, señora, si os obstinais en no contestar á las preguntas del tribunal, se verá precisado á usar con vos medios mas severos, ó creerá por vuestro silencio que conociéndoos culpable, no teneis razones con que defenderos.

Angelina. El tribunal de los hombres juzgará como quiera, Dios que en el suyo ve mi corazon, no me abandonará á su injusticia.

Juez. Dios no favorece nunca á los culpables, y los jueces de la tierra tomarán en cuenta á imitacion suya la sinceridad del reo en la solemnidad del juicio. Servíos pues contestar ingénuamente.

Angelina. Servíos, señores, de no molestaros en preguntar mas á quien está resuelta á morir primero que contribuir con una respuesta ambígua á la perdicion de una persona á quien está ligada con los vínculos mas sagrados. Sí, señores, repito por última vez que no contestaré á vuestras capciosas preguntas, porque conozco bien la sutileza con que enredariais mi sencillez en el laberinto de ellas, y me hariais concluir por afirmar mil falsedades, sin que mi corazon tuviera par-

te en mis palabras. Esta es vuestra táctica, señores, lo sé muy bien, y sé que delante de vosotros se afirman cosas que jamas nos han pasado por la imaginacion.

Virey. Es inútil, señores, insistir en ello. Esa pobre muchacha está trastornada y seria imposible hallar coherencia en sus pensamientos. Sus declaraciones ademas servirian de poco, siendo, como su esposo, acusada de una traicion cuyos datos posteriores estan igualmente patentes en contra de ambos.

Juez. Os concedemos pues una hora mas para que mediteis las cuestiones sobre que habeis sido interrogada, y si en ella no las satisfaceis en vuestro favor, el tribunal os aplicará la pena que las leyes señalan á los traidores.

Angelina. Mi fe me promete que llegará un dia en que los acusados podrán pedir á sus jueces cuenta de sus juicios ante un tribunal, que no estará sujeto á error, y os protesto, señores, que en ese dia infalible mi voz y mi inocencia se levantarán contra vosotros.

Juez. Llevadla. (*Tocan la campanilla.*)

Angelina. Vamos.

ESCENA II.

EL VIREY. LOS JUECES.

Virey. Esa joven, señores, es Española. Conozco la firmeza de caracter que aquel pais inspira á sus hijos y creo que los medios rigorosos no harán mas que acrisolar el fiero valor de esa muger. Me atrevo á proponeros pues, que mandeis á su calabozo un confesor que merezca vuestra confianza, cuyas suaves y cristianas amonestaciones lo conseguirán todo de su fe sencilla. Los españoles no reniegan nunca de la religion que profesan.

Juez. Asi se hará. Pasemos si gustais, señor virey, al juicio del otro acusado.

Virey. (*Con una señal afirmativa toca la campanilla y se presenta Diego.*)

Juez. Introducid al conde de Monforte. (*Vase Diego y vuelve con don Rodrigo.*

ESCENA III.

EL VIREY. DON RODRIGO. LOS JUECES.

Juez. ¿Sois Rodrigo de Luz, conde de Monforte?

Rodrigo. Jamas he negado el nombre que llevo, y ahora lo intentaria menos que nunca. Creo que mi nombre no tiene muy gratos recuerdos para vosotros, y me complazco en repetíroslo para sonrojaros.

Juez. Acercaos á jurar sobre estos evangelios que vais á decir la verdad en cuanto el tribunal tenga á bien demandaros.

Rodrigo. El conde de Monforte no ha manchado jamas su lengua con un perjurio, y su palabra vale tanto como el mas solemne juramento.

Juez. Mirad, joven, que el tribunal tomará en cuenta la arrogancia de vuestras palabras.

Rodrigo. Está dicho, señores.

Juez. Mirad que se os acusa de rebelion, y que todos sabemos que á pesar de vuestra corta edad habeis sido proscrito con vuestro difunto padre por haber hace pocos años coadyuvado á la sublevacion del pueblo con el infame pescador Tomas Anniello. Mirad que no hemos olvidado que hasta la caida del duque de Arcos no habeis podido volver á vuestro pais, y que vuestra madre lo ha conseguido ahora á fuerza de intrigas. Mirad que el rebelde duque de Guisa os da en estas cartas poderes ámplios hasta para suministrar al populacho dinero y armas contra su legítimo gobierno. Mirad...

Rodrigo. Basta, señor juez, basta. Todo el mundo sabe que mi familia ha sido siempre amiga del pueblo, y que por mas que sus individuos desciendan de sangre de príncipes, no han olvidado nunca que Napoles es su patria. Yo tampoco lo olvidaré, y os aseguro que aunque mi espada esté guarnecida de oro y mi armadura sea la mas rica que haya salido de las armerías de Milan, no me avergonzaré de esgrimir la una y ostentar la otra al lado de los arpones y los desnudos pechos de los tostados pescadores de Nápoles.

Juez. Reparad que estais corroborando las acusaciones

que pesan sobre vos, y que esto solo bastará para probar al tribunal...

Rodrigo. Ira de Dios! Protesto solemnemente contra la competencia de este tribunal, en donde quereis juzgarme como rebelde para que no asistan á él los próceres que solo pueden juzgar á los individuos de la clase á que pertenezco. Sí, señores, protesto contra un tribunal donde no veo mas que á enemigos personales mios, que harto cobardes para atacarme de frente, se cobijan bajo las leyes para saciar su venganza. Y por qué no se halla entre vosotros Ludovico Pignatelli? Dónde estan los dos Carafas? Dónde Ferrante San Severino? Cuando estos miembros se reunan os tendré por tribunal competente. No á vosotros solos que todos habeis recibido beneficios de mi familia, que no quereis confesar, porque se los habeis pagado indignamente. Vive Dios! á quién de vosotros demandaré justicia! Será á tí, viejo príncipe de Celamaro, que debes la vida á mi padre? A vosotros Carlos Caracciolo y Hector Calpecelatro, cuyas deudas ha satisfecho mi madre? A tí, duque de Maddaloni, á quien yo escondí bajo mi lecho, cuando el pueblo napolitano ofrecia cien ducados de oro al que presentase tu cabeza? Ya veis que os conozco bien, para fiar de vosotros. Pero existe una inocente en quien quereis hacer caer el fallo de vuestra injusta sentencia, y aun ignorais el motivo que la ha conducido á vuestros pies, y voy á decíroslo, para que no incurrais en un error. Porque tuvo la osadia de resistirse á quedar infestada por el impuro aliento de ese libertino hipócrita que os ha reunido aqui.

Juez. Joven, moderad vuestra lengua, ó nos pondreis en la precision de sujetárosla con una mordaza.

Virey. Dejadle decir, señores; su misma cólera atestigua la imposibilidad en que se halla de negar su crimen. Dejadle.

Rodrigo. Señor conde de Vergara, una cosa me resta que deciros y és: que sois un cobarde, y que si algun dia, despojado de vuestras insignias de virey, os encontrais cara á cara conmigo, os lo repetiré en alta voz en cualquier lugar en que nos hallemos.

Virey. Y yo os despreciaré como ahora, mancebo.

Rodrigo. Pues bien, si entonces como ahora no me contestais, porque entonces como ahora me temeis, yo os obligaré á desnudar vuestra espada, haciéndoos una injuria que no podais lavar sino matando ó muriendo.

Juez. Hola! (*Toca la campanilla y aparece Diego.*) Volvedle á su calabozo.

Rodrigo. Sí, sí, llevadme; pero no iré sin deciros que sea cualquiera la suerte que me prepareis, la arrostraré con fiereza, y os despreciaré como mereceis. Vamos.

Diego. Vamos.

ESCENA IV.

EL VIREY. LOS JUECES.

Juez. Admirable ha sido, señor virey, vuestra paciencia con ese joven.

Virey. La ira, señor juez, no debe tomar parte por la justicia, cuando la justicia es desapasionada y recta. Si el puñal de los conjurados no hubiera amenazado mas que á mi pecho, si solo se tratase de mí, nunca hubieran comparecido esos jóvenes ante vuestro respetable tribunal. Yo lo hubiera sacrificado todo á las consideraciones debidas á la nobleza napolitana, acreedora á mis respetos y simpatías; pero tratándose de súbditos rebeldes á su magestad, tengo, á pesar mio, que llenar este sagrado deber, que Dios sabe hasta qué punto me es penoso y repugnante. Solo os suplico, señores, que al fallar vuestra sentencia no os acordeis de las amenazas y dicterios que ese acalorado joven ha tenido la audacia de dirigirme. Cumplid, nobles señores, todos los deberes que la justicia y la seguridad de vuestro pais exijen; pero sed mas benignos que severos. En cuanto á mí declaro solemnemente que si como ejerzo ante vosotros el terrible ministerio de fiscal, tuviera voto decisivo en el consejo, tendria presente al sentenciar la juventud, la inesperiencia y la desgracia de los criminales. No lo olvideis pues, y pasad si os place á ese gabinete, porque yo no puedo asistir á vuestra secreta votacion.

Juez. Esa clemencia y esa bondad os honran mucho, se-

ñor virey, y tendremos presente al administrar la justicia las virtudes de vuestra persona ultrajada.

Virey. Id pues, nobles señores, pero que no sea esa la razon que mas pese en vuestra balanza.

ESCENA V.

EL VIREY.

Id, mentecatos, id: y no os olvideis de dorar el temor que me teneis con las virtudes que me encomiais. Id á pensar una sentencia, con la cual me querais tener agradecido, cuando no sois mas que las figuras que el jugador coloca y mueve sobre su tablero. Encareced como política y clemencia la fascinacion que ejerzo sobre vosotros, porque con la misma política con que os obligo á servirme obligaria á otros á hundiros en el polvo de que os he sacado.—Diego.

ESCENA VI.

EL VIREY. DIEGO.

Diego. Señor.

Virey. Se ha buscado ese sacerdote que ha de recibir la confesion de esa joven?

Diego. Sí, señor escelentísimo: hemos dado la comision á un reverendo monje, cuya inteligencia ha servido ya al tribunal en semejantes ocasiones.

Virey. Me has comprendido perfectamente.

Diego. Este monge tiene toda la confianza de los jueces, y su fama de santidad hará que su declaracion pase por válida y verdadera, como si las palabras fuesen las de la misma acusada.

Virey. Es decir que en todo caso estará pronto á asegurar que niega ó confiesa en el momento que sea necesario.

Diego. Siempre que la caridad de los que le confian semejante comision, se esplique con él generosamente por su servicio.

Virey. Dale eso. (*Le da un bolsillo.*)

Diego. En nombre del virey de Nápoles?

Virey. No: en nombre de los jueces del consejo secreto.

Diego. Está bien, fiad en mí.

Virey. Dentro de dos horas á lo mas recibirá orden para salvarla ó para condenarla.

Diego. Es decir...

Virey. Que esa muger ha de pertenecer dentro de dos horas al virey ó al verdugo.

Diego. Y en cuanto al joven?

Virey. En cuanto al joven, como Dios no lo disponga de otro modo, infaliblemente será del último.

Diego. Teneis razon. Porque dice un refran de nuestro pais, que el hombre propone y Dios dispone.

Virey. Es verdad. Pero los jueces salen: retírate.

ESCENA VII.

EL VIREY. LOS JUECES.

Virey. Habeis concluido ya la votacion?

Juez. Sí, señor virey. He aqui el fallo del tribunal, cuya ejecucion os está encargada como suprema autoridad de Nápoles.

Virey. Y yo la cumpliré exactamente, sea cual quiera, aunque estoy seguro de que Dios habrá puesto en vuestros corazones la rectitud de su justicia.

Juez. Tomadla, y mirad si teneis algo mas que pedir al tribunal.

Virey. Quisiera, señores, que tuvierais presente que la joven condesa de Monforte nada ha declarado: y que el estado de su juicio, segun los facultativos, exije mas indulgencia...

Juez. Dentro de una hora un comisionado oirá su postrera declaracion, y sea la que quiera, vos, en nombre de S. M. Católica, podeis usar con los acusados la clemencia ó el rigor á que los juzgueis acreedores.

Virey. Está bien.

Juez. El cielo os guarde, señor virey.

Virey. Dios guie vuestros pasos, nobles señores.

ESCENA VIII.

EL VIREY.

Bien; ya estan llenas todas las formalidades de la ley. Veamos la resolucion. (*Lee en secreto.*) A la última pena... quedando su ejecucion al arbitrio del virey.— Oh! esto es mas de lo que yo esperaba! Esta sentencia puede ejecutarse en secreto ó en público; de noche ó de dia; puede elegirse el género de muerte mas conveniente. Diego!

ESCENA IX.

EL VIREY. DIEGO.

Virey. Ya estan en mis manos, gracias á tu celo, leal servidor.

Diego. El tribunal...

Virey. Mira. (*Diego mira la sentencia.*)

Diego. En esa sentencia, señor virey, se trasluce claramente vuestra benignidad. Si yo hubiera sido juez hubiera mandado clavar la cabeza de ese joven sedicioso en una pica á las puertas de la ciudad, y su mano derecha en las de vuestro palacio. ¿Y cuándo se ha de ejecutar?

Virey. Dentro de dos horas, fiel servidor. Pero escucha. Pon á Monforte en el calabozo del enverjado que da á la galeria subterránea, y tráeme la llave de caracol que desde mi dormitorio conduce á ella: quiero decirle cuatro palabras antes de morir. En cuanto á su esposa, la harás llevar á la sala del norte de mi palacio, y la anunciarás mi visita: porque ya te he dicho que ha de pertenecer al virey ó al verdugo. Y á propósito qué dicen esos villanos de mis justicias?

Diego. Todo Nápoles está tranquilo como un sepulcro, y se ha dispuesto que se ilumine esta noche la ciudad, y que se os manifieste la gratitud del estado, á quien acabais de salvar, dándoos una magnífica serenata.

Virey. Mi triunfo no puede ser mas completo, Diego. Pero ahora recuerdo... tus esbirros duermen?

Diego. Os comprendo, señor, y os confieso que esa inculpacion me avergüenza. Teneis razon para estrañar que no haya caido en nuestras manos el desconocido, á quien salvaron los pescadores de Puzzola. Todo lo hemos escudriñado con la mas esquisita sagacidad, pero ha sido inútil.

Virey. No sé por qué; pero ese desconocido es una sombra que anubla mi esperanza, y no me acuerdo de él sin un aciago presentimiento.

Diego. No hay otro medio, señor; ó ese hombre se ha vuelto á la mar que le arrojó á nuestras playas, ó yace oculto en vuestro propio palacio. Os respondo con mi cabeza de que fuera de este recinto no se oculta dentro de los muros de Nápoles.

Virey. Pues bien, Diego; te autorizo para registrarlo todo. Abre mis habitaciones mas retiradas; penetra en mis oficinas mas escondidas; baja á mis calabozos mas oscuros; pero si no me presentas á ese hombre muerto ó vivo, acepto tu cabeza, que acabas de ofrecerme, por garantía.

Diego. Y qué término me señalais para cumplir vuestra voluntad?

Virey. Acaba de anochecer: te doy dos horas.

Diega. Os prometo, señor virey, que antes que hayan espirado tendreis en vuestra presencia, muerto ó vivo á ese misterioso incógnito. (*Saluda y se va.*)

ESCENA X.

EL VIREY.

Ahora, corazon, respira
el ámbar de la esperanza.
Ahora, ó amor ó venganza
cumplida has de conseguir.
Ya soberano absoluto
de este pais de placeres,
sus hijos y sus mugeres
de hinojos me han de servir.

(*Empieza á verse el resplandor de la ciudad, que se ilumina, y se oyen músicas, canciones y vivas á lo lejos.*)

Asi, servil muchedumbre,
asi, festéjame, canta;
tu voz hasta mí levanta
con tus aplausos... asi.
Arrástrate humildemente
á las plantas de tu dueño;
su orgullo arrulla y su sueño
con dulces cánticos, sí.
Bien haces: gózate y canta;
que tan lejos de Castilla,
las nuevas de tu mancilla
á España no llegarán.
La fama de tu hermosura,
la riqueza de tus playas
do quier que á quejarte vayas
á desmentirte saldrán.
Nápoles, ciudad dichosa
de deleite y de pereza,
no hay corona en mi cabeza,
mas soy tu rey en verdad.
Ya no alzan tus pescadores
de Amalfi, ni de Sorrento
sobre tu golfo sangriento
sus himnos de libertad.
Castilla ganó tus tierras;
y en nombre yo de Castilla
te tiranizo, y se humilla
ante mis plantas tu grey.
Tu golfo oprimen mis naves,
y en tus torres altanera
clavada está mi bandera
en el nombre de mi rey.
¡Pueblo insensato! á quien hizo
para servir el destino,
canta y rie, ese es tu sino.
Tu fortuna es tu ilusion.
Canta, que á fé que me halagan
al son de tus blandas olas
las alegres barcarolas
con que cantas tu opresion.

Cantan dentro.

Era Nápoles un dia
un inculto paraiso,
y venderle fue preciso
al cuidado de un señor.
Ora canta sin afanes
de su golfo entre las olas
solo amantes barcarolas
su olvidado pescador.
Pero acaso
estudia y fragua
en el agua
otro cántico mejor.

Virey. ¡Qué alegres son esas danzas,
qué dulces esos cantares!
¡los aplausos populares
cuánto agradan al señor!
¡Cuánto exalta mis antojos
y mis ansias enardece,
y mi ser enorgullece
el cantar del pescador!

Cantan dentro.

Está Nápoles dormida
por las ondas arrullada,
pero Nápoles no olvida
lo que debe á su señor.
Y del chuzo con que rompe
las escamas á los peces
puede hacer como otras veces
una lanza el pescador.
Porque acaso
estudia y fragua
en el agua
de vivir modo mejor.

Virey. ¡Vive el cielo! de esa estrofa
con el doblado sentido

ese imbécil ha querido
insultar á su señor.
¡Hola!
(*Aparece un esbirro.*)
Al punto, que me saquen
de esa torpe concurrencia
y que venga á mi presencia
ese infame pescador.
(*Vase el esbirro.*)
Con un cordel á la gola
y un crucifijo en la mano,
cantar haré á ese villano
su postrera barcarola.
Si él puede como otras veces
hacer del chuzo una lanza,
yo haré que tomen venganza
de sus lanzadas los peces.

(*El virey se asoma al balcon, y mientras vuelve la espalda aparece por una puerta secreta y embozado don Garcia, que le escucha.*)

Virey. (*Mirando por el balcon.*)
Mas á su barca se acoge,
¡vive Dios, y el remo abarca
y huye! yo haré que otra barca
á darle caza se arroje.
Y aunque el mismo Bercebú
se la ayude á remolcar
por Dios que le he de atrapar.
(*Al volverse ve á don Garcia, y dice espantado.*)
Mas, Cristo! quién eres tú?

ESCENA XI.

EL VIREY. DON GARCIA.

Garcia. Callad.
Virey. ¡Socorro!
(*Va á tocar la campanilla, y don Garcia le sujeta la mano.*)
Garcia. Es en vano,
señor conde de Vergara;

escuchadme cara á cara,
ú os hago polvo la mano.

Virey. ¡Soltad!

García. Escuchadme pues,
que en secreto hemos de hablar,
y lo que oigais, enterrar
en el alma fuerza es.
Virey habeis sido vos
de Nápoles por seis años,
y horror son ya vuestros daños
de los hombres y de Dios.
Por saciar vuestros placeres,
jueces habeis corrompido,
empleos habeis vendido,
y deshonrado mugeres.
Con rastrera hipocresía
abusando del poder,
os dispensais de tener
religion, fé, ni hidalguía.
Tras el denso cortinaje
de una justicia severa,
escondeis de un alma fiera
el hondo libertinaje.
Y asi á vuestra escelsitud
creisteis que no llegaban
mas que ojos que se cegaban
con vuestra falsa virtud.
Pero un perpétuo testigo
que por do quier os seguia,
y que sumiso os servia
de la sospecha al abrigo,
avariento os espiaba
vuestra eterna sombra hecho,
y á los pies de vuestro lecho
por la noche se sentaba.
El, con vengativo empeño,
con incansable teson
ganó vuestro carazon,
de todo vos se hizo dueño.
Y no hay escondida idea,
no hay intencion solapada
que por él comunicada

sabida del rey no sea.
Tu nombre pues se ha borrado,
Vergara, del libro de oro;
tus haciendas, tu tesoro,
todo está ya confiscado.
Y encontrándote tu rey
á sus favores ingrato,
te aparta del vireynato
y te acusa ante la ley.

Virey. Espectro amedrentador,
mensagero funeral
de esa nueva tan fatal,
aparicion de pavor,
¡delante de quién estoy,
quién eres, vision tirana!

Garcia. Don Garcia de Orellana,
virey de Nápoles, soy.

(*Don Garcia se desemboza y queda en traje negro con el toison al cuello. El virey cae á sus pies de rodillas. Al inclinarse cae de su pecho el retrato cogido á Angelina, y que él guardó en el primer acto. Lo recoge, lo mira un momento comparándolo con don Garcia, y despues que este le dice con desprecio los cuatro primeros versos se levanta el conde con aire de triunfo y tomando con don Garcia un tono irónico.*)

Garcia. No os humilleis ante mí,
y hablemos, Vergara, claros.
Yo no he venido á ultrajaros,
y me avergonzais asi.

Virey. (Mas ¡qué veo! Dios me apresta
represalia bien segura.)
Estímoos tanta mesura
en ocasion tan funesta:
obedecer sé que debo
las órdenes de mi rey,
y acato su augusta ley,
y á murmurar no me atrevo.
Mas veo que generoso
ser conmigo pretendeis.

Garcia. Ruegoos que me perdoneis,
si al veros tan orgulloso

en palabras propaséme.

Virey. Perdonado estais, señor.
Yo encendí vuestro furor,
pues al veros exaltéme.

Garcia. Apenas pisé la tierra
que teniais en gobierno,
creí que todo el infierno
se hacia en ella la guerra.
Corria la sangre á arroyos,
y al resplandor del incendio
ví quedar con vilipendio
los cadáveres sin hoyos.
Y ví lágrimas correr,
y oí imprecaciones tales,
que mis sentidos cabales
llegué á dudar de tener.
Por todas partes oí
maldeciros y acusaros.
Entonces, ¿á qué engañaros?
Vergara, os aborrecí.
Por quedar mas convencido,
yo mismo veros ansié,
y con ira os escuché
cerca de vos escondido.
Señor conde, perdonad:
os juro de buena fe
que al oir me horroricé
por vos mismo la verdad.
(*El virey se sonrie y oye sereno.*)
Ahora, pues, órdenes reales
sujeto á cumplir estoy,
á dar al consejo voy
mi fe con mis credenciales.
Vos á partir disponeros
para Castilla podeis.

Virey. Un momento.

Garcia. ¿Qué quereis?

Virey. Quiero un pacto proponeros.
No os sorprendais. A pesar
de hallarnos á tal distancia,
aun puedo con arrogancia
con mi sucesor pactar.

Garcia. Decid.

Virey. Yo he mandado aqui
seis años, y bien quizás:
dejadme dos horas mas
el gobierno que perdí.

Garcia. ¿Sabeis cuando el mar bravío
mi barco anoche sorbió
con qué fuerzas nadé yo?
¿Sabeis qué afan era el mio?
No era la sed de mandar,
no era, conde, la ambicion;
que está ya mi corazon
harto de humo popular.
Mi fuerza fue la esperanza
de alzar el yugo execrable
que á este pueblo miserable
habeis puesto: y la tardanza
de cada breve momento
que pasaba bajo de él,
era un manantial de hiel
abierto en mi pensamiento.
Juzgad si iré á conceder
las dos horas que pedís.

Virey. ¿Es decir que no admitís?

Garcia. Vergara, no puede ser.

Virey. Por última vez, señor,
dos horas y nada mas.

Garcia. Vergara, haceos atras,
la bajeza me da horror.

Virey. Dos horas.

Garcia. Ni dos instantes.
Juré ante el rey y el altar
á Nápoles libertar
de vos, y será cuanto antes.

Virey. Lo jurásteis... ¡vive Dios!
¿Qué os importa haber jurado,
á olvidar acostumbrado
vuestros juramentos vos?

Garcia. ¡Infame!

Virey. A espacio, señor,
que habeis llegado á jurar
á vuestra hija vengar;

y aun vive su seductor.

Garcia. ¡Vive! ¡oh! ¿adónde está, adónde?

Virey. Dadme el tiempo que os propongo,
y en vuestras manos lo pongo.

Garcia. Sois un miserable, conde.
Mas os vais al precipicio;
porque ó hablais al momento,
ú os mando atar al tormento.

Virey. Don Garcia, estais sin juicio.
¿En olvido habeis echado
que aqui mi juez os han hecho,
y el juez no tiene derecho
para osar al acusado?

Garcia. ¡Desventurado de mí!
¿No hay, pues, medio de que hableis?

Virey. Las dos horas que calleis
y siga el gobierno en mí:
no hay mas medio.

Garcia. ¡Voto al sol!
Quien da en tan infame traza,
¿cómo dirá que su raza
es de solar español?
Mentira!... lo dice á voces
el pueblo... sois un bandido,
las hienas os han tenido
en sus entrañas feroces.

Virey. Seguid, me teneis sujeto
bajo el yugo de la ley;
mas pensadlo bien, virey,
dos horas vale el secreto.

Garcia. Pues bien; ya que tanto os cuesta
de Nápoles el gobierno,
llévese el mando el infierno
y escuchadme otra propuesta.
Yo con ciega idolatría
amé á la hija de mi amor:
ella era el bien mayor,
el único que tenia.
Por ir al campo á lidiar
por mi rey y por mi España,
el tiempo de la campaña
la hice en un claustro guardar.

Robómela un seductor,
y fué mi única esperanza
vivir para la venganza
de aquel engaño traidor.
Mirad su carta postrera:
siempre la llevo conmigo
de mi llanto por testigo
y para atizar la hoguera
de mi cólera: pues bien;
á España, conde, partid,
sinceraos en Madrid,
y haced con oro que os den
el vireinato: interino
quedaré yo, y aunque enormes
vuestras culpas, daré informes
que salven vuestro destino.

Virey. No, que habrá en mi contra allí
(*Oyese á lo lejos la serenata.*)
acusaciones tamañas,
que las mayores hazañas
se volverán contra mí.
No: ya que habeis dado un paso
á la reconciliacion,
aceptad en conclusion
y no andeis en gracia escaso.

Garcia. No, Vergara; tanto empeño
el gobierno en conservar,
me hace de vos sospechar
mal designio y no pequeño.
Oid: no hay mas que un solo hombre
que ahora en esa serenata
pueda á esa turba insensata
dar ó descubrir mi nombre.
Concibo todo el pesar
que debe ser para vos
saber á cual de los dos
vienen ahí á festejar.
Conozco que os es gran pena
ver que esos himnos comprados
para vos aparejados
celebran la dicha agena.
Conozco que la esperanza

de vengar mi propia afrenta
es cebo que mi fé tienta
á otorgaros la tardanza
de dos horas que pedis;
pero no puede mi honor
ser ni dos horas traidor
á mi rey y á mi pais.

Virey. Pues bien, si estais decidido
á que con vos no transija,
ahí teneis de vuestra hija
ese recuerdo perdido.
(*Le da el retrato.*)

García. ¿Y quién esta prenda os dió?

Virey. El sacerdote que oyera
su confesion postrimera,
y enviárosle me encargó.
Dijo que enviarlo era ley
á don Garcia derecho,
y esta ocasion aprovecho
para dárselo al virey.

García. ¡Sin duda el cielo maldijo
hasta su último recuerdo!

Virey. La pobre murió en su acuerdo,
(*Con malignidad.*)
y con afan muy prolijo
os encargó la venganza
de aquel que os la arrebató,
y que al fin la abandonó
sin consuelo ni esperanza.
Dijo que murió en sus brazos
maldiciendo al seductor
que la abandonó traidor.

García. Basta: quiero en mil pedazos
su corazon dividido;
necesito su existencia.

Virey. ¿Luego acepta su escelencia...?

García. Sí acepto vuestro partido.
¿Ese hombre...

Virey. A mí está sujeto;
yo sé quién es solamente,
y á ese precio únicamente
os vendo vuestro secreto.

Garcia. Sea. ¡Dios lo quiere asi!
No puede mi corazon
con tan grave tentacion
sucumba mi honor aquí.
Escribid, que os dejo dueño
(*El virey escribe.*)
del mando dos horas mas,
y de no volverme atras
palabra y firma os empeño.

Virey. Firmad pues.

Garcia. Tomad.

Virey. (*Con ironía.*) Señor,
hoy me habeis hecho feliz.

Garcia. Y á mí vos con vuestro ardid
me habeis hecho ser traidor.

Virey. Pasemos á ese aposento,
pues primero de entregárosle
necesito asegurárosle.

Garcia. Pero sed breve.

Virey. Un momento.

(*Entran por la puerta que dá á la cámara del virey, y en este momento se oye la serenata al pie del balcon, y suenan voces de* viva el conde de Vergara, viva el libertador de Nápoles.)

ESCENA XIV.

DIEGO, *con linterna y llaves.*

Ya se fueron: bien me lo imaginé cuando dejé de oirlos á través de la cerradura. Y á fé que hubiera dado cualquier prenda buena por oir su conversacion. Sin embargo, de nada me han servido mis sentidos de espía. Este aposento se come las palabras que se pronuncian dentro de él, y no he alcanzado mas que murmullo.—Cómo ha de ser.—Vamos á separar al conde de Monforte de su hermosa mitad, antes que su excelencia me los coja en el garlito. (*Vivas fuera, y se asoma Diego al balcon.*) Sí, sí, tocad. Asi como asi mañana puede ser que os den doble cantidad de la que yo os he dado hoy, para tocar en nuestro entierro. Pero como

asi no sea, vive Dios! que he de volver á buscaros para tocar en los funerales del virey á quien celebrais. —Mas no perdamos tiempo, que dá dos veces quien dá primero, y hombre prevenido vale dos, como dice el refran de nuestra tierra. (*Entra por la puerta secreta de la izquierda que conduce á las prisiones, y cae el telon.*)

Acto tercero.

Prision en el interior del palacio del virey. Puerta en el fondo con una rejilla en medio, á través de la cual se alcanza una larga y oscura galeria guardada por centinelas. En la prision y á la izquierda una puerta secreta y un balconcillo á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO. ANGELINA.

Angelina. Si es cierto, Rodrigo, inclina
la frente; que yo te vea:
el placer completo sea
de tu adorada Angelina,
y en dicha tamaña crea.
No hay mas que tú para mí:
escuche yo de tu acento
palabras de amor aquí,
y es tuyo mi pensamiento,
mi existencia es para tí.
¡Suspiras!

Rodrigo. Miro en tu frente
tan galano resplandor,
aureola tan refulgente,
que suspira tristemente
el pecho ansioso de amor.
¡Por Dios! en donaire sola,
en gala y cortesanía
bien puede á la luz del dia
mi enamorada española
disputar la primacía.

Es tanto el placer que siento
viéndote, hermosa, á mi lado,
y es tal mi enagenamiento,
que olvida mi pensamiento
nuestro destino menguado.

Angelina. Mayor, Rodrigo, es el gozo
que mi alma siente, mayor;
y á merced de este alborozo
es para mí el calabozo
santuario de nuestro amor.

Rodrigo. Ilusoria es por demas
esa amorosa quimera;
soñando, Angelina, estás:
que aqui la muerte me espera,
y acaso tú...

Angelina. No, jamás:
vivir sin tí, ¿qué me vale?

Rodrigo. Si es cierto, Angelina hermosa...

Angelina. Sí, sí, Rodrigo; no hay cosa
entre los hombres que iguale
la dicha de ser tu esposa.
Loca de amores dejé
por tí mi patria y mi hogar,
y embelesada, la fé
del alma te consagré
de hinojos ante el altar.
Por tí crucé de los mares
las alborotadas olas,
y hoy en tus nativos lares
olvido por tus cantares
mis canciones españolas.
No hay mas deidad para mí
que la imagen que retrata
el cristal en que te ví:
jamás mi oracion sin tí
se elevó en la Incoronata.

Rodrigo. Angelina, ¡quién tuviera
tu amante incredulidad!

Angelina. Solo en el mundo me espera
amor y felicidad
á tu lado, viva ó muera.

Rodrigo. Mas no hallo fé en el espía.

Angelina. Libertarnos me juró.
Rodrigo. Sin duda que juraria
por ver si revelaria
secreto importante yo.
Porque, Angelina, á juzgar
por su faz torba y sañuda,
por su siniestro mirar,
mi fé en sus promesas duda;
nada me atrevo á esperar.
Angelina. Rodrigo, no sé por qué,
mas tengo en ese hombre fé;
y no me inspira recelo
quien la cárcel hizo un cielo
uniéndonos.
Rodrigo. Dicha fué,
y un cielo es para los dos
mientras juntos nos hallamos,
mientras nos vemos y hablamos;
y es del cielo, sí, ¡por Dios!
el aire que respiramos.
Mas ¡ay de mí! ¡qué dolor
será y qué amarga la suerte
si nos conduce traidor
de los brazos del amor
á los brazos de la muerte!
Angelina. Y á un tiempo nos matarán,
porque á tu cuello mis brazos,
Rodrigo, se anudarán,
y á no hacérmelos pedazos
de tí no me apartarán.
Rodrigo. Mas no viene... ¡Oh, tarda mucho!
Angelina. Vendrá para nuestro bien.
Rodrigo. A cada ruido que escucho
con dudas horribles lucho.
(*Ruido de pasos.*)
Angelina. ¡Rodrigo!
Rodrigo. Angelina, quién...
Angelina. Me ha parecido escuchar
pisadas.
Rodrigo. Sí, oigo á fé mia
por el caracol bajar.
Angelina. ¡Cielos! tiemblo á mi pesar. (*Abren.*)

Rodrigo. ¡El es!
Angelina. ¡Diego!
Diego. ¡Ave Maria!

ESCENA II.

DON RODRIGO. ANGELINA. DIEGO.

Diego. Bendito sea Dios, amables jóvenes: no me ha costado poco trabajo llegar hasta aqui. Gracias á que yo estoy acostumbrado á vivir á salto de mata, y me escurro como una anguila entre las espadañas, y paso sin ser visto por los ojos de las cerraduras y por los resquicios de las puertas como un espíritu.

Rodrigo. Acabad, por compasion, buen hombre. Habeis entregado mi carta?

Diego. En la propia mano de vuestra madre, la condesa viuda de Monforte.

Angelina y Rodrigo. Y qué?

Diego. La pobre señora exhaló su dolor en lamentos; me preguntó cien veces las circunstancias de vuestra prision; maldijo otras tantas la perfidia del virey; porque lo que es yo no me anduve en chiquitas, sino que la espeté la historia de las músicas que daba á esta señora á la puerta de vuestra casa de la calle Catalina, los disfraces que usaba para seguirla á Nuestra Señora L' Incoronata...

Rodrigo. Adelante, adelante; vamos á los efectos de vuestra relacion.

Diego. Los efectos, señor conde, son los siguientes: vuestra madre, convencida del riesgo inminente que os amenaza, se ha vestido de luto, se ha lanzado á los pies de los nobles de la Sede Capuana, donde está inscripta vuestra familia, y les ha repetido palabra por palabra cuanto yo la he dicho de vos, de esta señora y del virey. Podeis suponeros que no me habré quedado corto con respecto al último. Sus lágrimas han enternecido á la aristocracia napolitana, que aborrece de muerte tanto al pueblo como al virey; se ha aprontado dinero, se han desenterrado hachas, lanzas, esto-

ques, arcabuces, y en una palabra, la conspiracion que yo sofoqué malamente ayer, cercenando cabezas de cuatro tontos, que acaso nada tenian en ella, cunde sordamente por los barrios mas pacíficos de la ciudad, y el estallido será espantoso. Mi gente lo revuelve todo, y los agentes de la nobleza no se descuidan. Pero aunque este negocio es de éxito infalible, todavia fio yo mas en un personage misterioso que está en este momento con el virey, y á quien ha hecho cejar hasta sus últimos atrincheramientos.

Rodrigo. Ah! qué puede hacer ese hombre solo contra todo el poder del virey de Nápoles?

Diego. No toda la fuerza consiste en las espadas que se llevan á la cintura, ni en las lanzas de los guardias que custodian un palacio. Unos pocos renglones de mala letra escritos en un pedazo de mal papel, logran muchas veces lo que no consiguieron poderosas armadas y ejércitos aguerridos.

Rodrigo. Luego ese desconocido...

Diego. Viene de la corte de España.

Rodrigo. Con alguna mision secreta, sin duda.

Diego. Yo no atino á punto fijo con su mision; pero ello es que traia para mí uno de esos pedazos de papel, de que os acabo de hablar, y al mostrármele anoche en una callejuela oscura, y á la luz de un farolillo agonizante, os confieso que me quité respetuosamente mi sombrero, y le dije con la frente doblada hácia la tierra: «Mandad, señor; yo estoy pronto.» Ahora ved si quien me hizo á mí descubrir y doblar la cabeza ante un papel, podrá hacer caer de rodillas al virey delante de otro. Parece que os asombrais de mis noticias?

Rodrigo. Sí en verdad.

Diego. Pues son mas seguras que los cerrojos de vuestra prision.—Pero no gastemos el tiempo en palabras inútiles. El virey puede bajar por ese caracol de un instante á otro, y es preciso, señora condesa, que no os encuentre aqui.

Angelina. Y á dónde quereis llevarme? Separarme de Monforte, mi esposo, es dejarme sin amparo, sin defensor, á merced de ese mónstruo de perfidia y de libertinage.

Diego. Con harto sentimiento mio voy á conduciros á

un aposento situado en la torre del Norte de este palacio, donde él mismo me ha mandado llevaros.

Angelina. Oh! no, no me apartaré de aqui un solo paso. Que venga si quiere á hacerme pedazos; pero sea á los ojos de Monforte, que me vengará ó morirá conmigo.

Rodrigo. Eso sí, ¡vive Dios!

Diego. No hay que afanarse tanto por tan poca cosa, señores. El esbirro Diego no os perderá de vista ni aqui ni en la torre del Norte, y estad descuidada, condesa; el brazo y el puñal del esbirro Diego se interpondrá siempre entre vos y el conde de Vergara. Yo he sido hace tiempo vuestro angel tutelar y su espíritu tentador. El virey está ya ligado á la tierra por un hilo muy delgado, y al menor esfuerzo de mi mano se romperá, y el abismo que yo he abierto á sus pies se le sorberá irremisiblemente. Pero es fuerza no darle tiempo á que sus sospechas se corroboren, y con sutiles maquinaciones retarde su hora y abrevie la nuestra. Os aseguro que nada teneis que temer si me seguís, pero no respondo de nada si os quedais.

Rodrigo. Separémonos, Angelina mia. El cielo velará por nosotros, y se encargará de vengarnos si ese hombre es un miserable impostor.

Diego. Dentro de una hora, señor Monforte, me presentaré delante de vos, y espero que habreis mudado de opinion. Vamos, que siento pasos en el caracol.

Angelina. Adios, Monforte.

Rodrigo. Protéjanos su misericordia.

Diego. (*A Angelina.*) Ah! esperad un instante. (*A don Rodrigo.*) El virey os hará probablemente una visita; conque será preciso que os encuentre atado como me encargó, para no dar pábulo á mis sospechas.

Rodrigo. Cobarde!

Diego. Oh! sí; os teme sin duda alguna: y acaso en vez de bajar á encontraros cara á cara, se asomará por aquel balconcillo, infernal invencion á favor de la cual se goza y se cerciora de los sufrimientos de sus víctimas.

Rodrigo. Sea en buen hora, y Dios os perdone esta afrenta, que tolero fiado en vuestras promesas. (*Diego le ata*

mientras habla.) Adios, Angelina mia; ruégale por nuestro porvenir.

Diego. Dios os guarde, joven. Dentro de una hora habremos subido á su tribunal, ó estaremos celebrando nuestra victoria en los salones del palacio del virey de Nápoles.

Rodrigo. Quiera nuestra buena estrella que sea como decís.

ESCENA III.

DON RODRIGO.

¿Será verdad? ¿Hipócrita y cobarde
de mi desgracia mofará el espía
para arrancarme con placer mas tarde
la rica flor de la esperanza mia?
¿Será que asi un ejemplo tenebroso
de sublime tormento se le alcanza,
ó cumple un mandamiento poderoso
protegiendo tal vez nuestra venganza?
¡Loca ilusion! No hay mas que lo presente,
y el puñal que en secreto ya se aguza:
necia ilusion que huye de la mente
como polvo que el viento desmenuza.
¿Quién puede hallar en los chispazos rojos
que en sus pupilas á la voz se encienden
de sangre y de venganza, que sus ojos
las esperanzas de mi amor comprenden?
¿Quién no ve en su furtivo movimiento
que acecha la ocasion para lanzarse
como el tigre feroz que está sediento,
y con sangre no mas quiere embriagarse?
No hay mas allá: del misterioso espía
la fúnebre y siniestra catadura
horas solo de horror y de agonía
al receloso corazon augura.
No hay mas allá: mi sangre generosa,
mi sangre manchará los escalones
del cadalso, y allí de gente ociosa
servirán de ludibrio mis blasones.
¡Pobre Angelina! Al saludar un dia

tus pocos años y tu frente pura
en la fértil, gentil Andalucía,
patria, templo y eden de tu hermosura,
en premio de tu amor no imaginaba
que en las playas de Nápoles hubiese
un caballero vil que te esperaba,
y no tu amante, tu verdugo fuese.
Perdóname, Angelina, si te pago
tan tristemente tu pasion primera;
funesto ha sido para tí y aciago,
lo que mi gloria y mi entusiasmo era.
Este amor infeliz que me devora,
este amor infeliz que nos tenemos,
¡ay! Angelina, dentro de una hora
sepultura con él nos abriremos.

ESCENA IV.

DON RODRIGO. EL VIREY.

Virey. Salud, el conde de Monforte...
Rod. ¡Cielos!
¿El conde de Vergara?
Virey. Que al impulso
de la piedad se rinde y generoso
abandona el salon de los vireyes,
por acorrer en su postrera hora
al mancebo gentil Napolitano
que se dignó estrechar de la española,
embriagado en amor, la linda mano.
Rod. Bien haceis en reir amargamente
y en el alma gozar: nuestro destino
es diferente aqui; si no lo fuese
responderia mi valiente acero
á la mofa sangrienta y al insulto
del que es, aunque virey, mal caballero.
Virey. ¡Que siempre lenguaraz el noble conde
olvide mi razon y mi justicia!
Rod. ¿Razon, justicia, el conde de Vergara?
Hipocresía, mucha.
Virey. ¿Y la paciencia?

¿no os parece tambien de gran cuantía?
Oidme y pesareis en lo que vale.
Hay un virey en Nápoles... el conde
de Vergara, Monforte, que celoso
de cumplir su deber, en el mancebo
de la Sede Capuana, al peligroso
conspirador halló.

Rod. Mentís...

Virey. Si miento,
ya sancionó Monforte la mentira,
el consejo y la ley... Preso Rodrigo
reclamó á tiempo de su noble estirpe
los rancios privilegios, y celoso
de cumplir su deber el de Vergara,
cedió á su pretension; y el pueblo todo
de Nápoles entiende que se guardan
con él los miramientos de costumbre.
Mirad esa espaciosa galería,
mirad la reja del encierro abierta;
el pueblo hablaros puede; sois un noble;
mas ¡ay del pueblo, si llegó á esa puerta!
desde lejos os vé y os compadece.
Yo os miro muy de cerca y me consuelo.

Rod. Y Dios de tanto crimen ya cansado,
la maldicion preparará en el cielo.

Virey. Mientras que llega seguiré la historia;
y si en algo apreciais vuestra existencia,
no tan pronto la echeis de la memoria.
Esos soldados que con faz adusta,
ni reparan en vos, ni en la riqueza
de esos vestidos, ni el bizarro porte,
ni imbéciles recuerdan la nobleza
de que hicísteis alarde en el consejo
que de Castilla os distinguió en la corte,
estátuas son; pero, entendedlo, estátuas
que al amagar no mas la muchedumbre,
con sangre y fuego cegarán la entrada
al populacho alborotado y ciego
que pretenda asaltar esta morada.
Hay sin embargo una muger...

Rod. Vergara...
ten esa lengua; y si á manchar su nombre

te atreves, pronunciándole tu boca,
desde mi encierro escupiré en tu cara.

Virey. Angelina...

Rod. ¡Villano!

Virey. No llegará hasta mí vuestra arrogancia:
Hay entre un preso, aunque de noble estirpe,
y de Italia el virey mucha distancia.
Angelina tal vez pudo en un dia
menos enamorada de Monforte,
de amor cediendo á la demanda mia,
la vida libertar y gentileza
de su noble mancebo, y los blasones
del que atrevido acaso y con mancilla
de la casa infanzona de Orellana
á un monasterio la robó en Sevilla...
Mas hoy es tarde ya: ria en buen hora
su galana y espléndida hermosura,
recuerde en su escondido calabozo
el aura matinal que amante y pura
meció en vergeles de pintadas flores
vuestras sabrosas pláticas de amores.
Dentro de poco tan amante yugo,
merced á la justicia de Vergara,
romperá la cuchilla del verdugo.

Rod. Piedad, señor, piedad... En mí tan solo
cébese tu rencor: yo he conspirado,
yo he querido arrastrar las españolas
banderas por el fango: sí; yo he dicho
que era un villano el conde de Vergara,
un infame traidor, un asesino...
Reid, conde, reid... ese es el nombre
que mereceis...

Virey. A fé que me enternece
tu súplica cortés, pero es ya tarde...
Un sacerdote confesó á Angelina...
y el sacerdote declaró al consejo:
ya ha firmado, Monforte, su sentencia;
y ejecutada hoy, que no mañana,
dentro de un hora su fatal destino
te anunciará el clamor de la campana.

Rod. Dejadme, por favor...

Virey. Primero ella...

yo te perdono á tí ; yo te desprecio...
Hay un anciano en Nápoles, que quiere
una afrenta vengar que tú le hiciste...
Me ha comprado tu vida, y generoso
sin paga se la dí: y breve espacio
á tu lado estará; poca distancia
hay de tu calabozo á mi palacio.

ESCENA V.

DON RODRIGO, *solo.*

¡Pobre Angelina! horribles desengaños
halló en mi patria tu cariño ardiente;
¡tan pura y bella y de tan pocos años
en Nápoles morir tan tristemente!
¿Quién me dijera ¡ay Dios! cuando rezaba
en una catedral de Andalucía,
que yo mismo ¡ay de mí! te preparaba
prision, cadenas, y cadalso un dia?
¡Perdóname, mi bien! antiguas salas
de dorado arteson, montones de oro,
de seda ricas y escogidas galas
y de mi eterno amor el gran tesoro...
Hé aquí, Angelina, el porvenir que ufano
en el calor de su amorosa llama
el de Monforte presentó en su mano
á la que mártir hoy padece y ama.
(*Se arrodilla.*)
Cuando en el cielo, serafin hermoso,
al lado de los ángeles sentada
desde tu asiento de eternal reposo
dirijas á este mundo una mirada,
búscame por do quier, ¡oh mi Angelina!
que yo te juro me hallarás de hinojos,
y desde el trono de tu luz divina
en tí clavados hallarás mis ojos.

ESCENA VI.

DON RODRIGO. DON GARCIA.

Rodrigo. ¡Ya viene el verdugo á mí!
Recibe, pues, madre mia,
el adios de mi agonía
que exhalo lejos de tí.
(*Se arrodilla como en oracion.*)
Garcia. ¡Cuán cobarde es la traicion!
allí está ese hombre de hinojos
destilando por los ojos
el miedo del corazon.—
Mancebo.
Rodrigo. ¿Qué quieres?
Garcia. ¿Sabes
cuántos años has vivido?
Rodrigo. A cortarlos has venido:
suplícote, pues, que acabes.
Y dí á quien aqui te envia
despues de mi ejecucion,
que solo en su corazon
cupiera tal villanía.
Garcia. Mancebo, engañado estás:
ni yo su verdugo soy,
ni á sus órdenes estoy,
ni me obligaron jamás.
A entrar en tu calabozo
una razon me sujeta
tan justa como secreta.
Respóndeme, pobre mozo:
¿tienes padres?
Rodrigo. ¡Ay de mí!
Quédame solo mi madre,
porque á vivir mi buen padre
ya hubiera llegado aqui
por cima de los escombros
de este palacio fatal,
é ido yo en marcha triunfal

de sus vasallos en hombros.

Garcia. Si era cual dices tan noble,
siento que no esté á tu lado
para que fuera ¡malvado!
tu afrenta y la suya doble.

Rodrigo. ¡Ah! te comprendo: del yugo
teme el virey que su presa
se le escape, y tiene priesa.
Ea, pues, hiere, verdugo;
haz de tu crueldad alarde.

Garcia. Mozo, traeme á tu prision
tan solo mi corazon.

Rodrigo. Entonces sois un cobarde.

Garcia. ¡Ira de Dios!

Rodrigo. Si en verdad,
lo sois, si como decís
á asesinarme venís
de espontánea voluntad,
os habrá dicho el virey:
allí le teneis atado;
sustituid de contado
la injusticia de mi ley.

Garcia. No mas al virey me nombres,
y escúchame en conclusion;
que es fuerza que á mi razon
te amedrentes y te asombres.
Habia un noble en Sevilla
leal cual nadie en la tierra,
el cual se partió á la guerra
con las huestes de Castilla.
Tenia este hombre consigo
una hija, tierna y hermosa,
que crecia virtuosa
de su amor bajo el abrigo.
Mas á la guerra al marchar,
por mas que le fuera en pena
á la vigilancia agena
la tuvo que encomendar.
Fió, pues, en el misterio
de un cláustro, y aunque no sola,
sujeta á un aya dejóla
cerrada en un monasterio.

Pero ¡oh fortuna cruel!
sin conciencia y sin pudor
un infame seductor
se introdujo astuto en él.
La embriagó con sus promesas,
y la infeliz criatura
aborreció la clausura,
saltó sus verjas espesas,
y arrojándose en los brazos
de aquel corruptor maldito,
cometió el primer delito
haciendo mi honor pedazos.

Rodrigo. ¡Vos sois su padre! ¡Señor,
perdon!

Garcia. Me vas comprendiendo,
segun parece.

Rodrigo. ¡Oh! comprendo
de un padre el justo furor.

Garcia. Escúchame, pues, villano,
y entiende que solo vengo
á decirte que yo tengo
tu vida entera en mi mano.

Rodrigo. Oid primero, señor.

Garcia. Nada tengo que escuchar;
ni yo te vine á matar
á oscuras como un traidor.
Sé, conozco tu inocencia;
con una palabra mia
sé que salvarte podia
el honor con la existencia;
mas tú fuiste el asesino
de mi hija, y aunque es injusta
tu sentencia, es cosa justa
que se cumpla tu destino.

Rodrigo. ¡Yo asesino de Angelina!
Aqui hay un error fatal.

Garcia. No solo con el puñal
ó el veneno se asesina.
Miserable seductor,
tú el sepulcro la has cavado,
tú me la has asesinado,
mas vilmente, con tu amor.

A las fatigas y viajes
á que esponerla has querido
para matarla, has unido
tus desprecios, tus ultrajes.
Con tu amor la enloqueciste;
mas del suyo te cansaste,
y al cabo la abandonaste,
y al fin pereció la triste.

Rodrigo. ¡Viven los cielos, señor!
vos sois víctima fatal
de alguna trama infernal.

Garcia. Mira, infame, el confesor
(*Mostrando el retrato.*)
que la escuchó en su agonía
con sus palabras postreras
en que encargó que murieras
este retrato me envia.

Rodrigo. ¡Es el vuestro!

Garcia. El mio, sí.
Yo al cuello se le colgué
cuando á lidiar me marché.

Rodrigo. Todo lo entiendo, ¡ay de mí!
Los esbirros del virey
del cuello se le arrancaron
cuando mi casa asaltaron
en el nombre de la ley.
¿Sin duda él mismo os le dió?

Garcia. Sí por cierto.

Rodrigo. ¡Y él, de fijo,
que murió Angelina os dijo!

Garcia. El mismo.

Rodrigo. Señor, mintió.
Mintió; pura y virtuosa
lamentando nuestro error,
vive Angelina, señor.

Garcia. ¡Vive!

Rodrigo. Vive, y es mi esposa.

Garcia. ¡Tu esposa!

Rodrigo. En la soledad
de una aldehuela española
en nuestra fuga asaltóla
peligrosa enfermedad.

Salvóla el favor de Dios,
y nuestro delito es
no haber ido á vuestros pies
en lugar de huir de vos.

Garcia. Vive ¡ay de mí! ¿Dónde está?
Alza, sígueme, corramos.

Rodrigo. Dios quiera que no vayamos
muy tarde en su auxilio ya.

Garcia. ¡Qué dices!

Rodrigo. El alborozo
refrenad, padre y señor,
que por resistir su amor
suspira en un calabozo.

Garcia. ¡Amor! ¿de quién?

Rodrigo. De Vergara.

Garcia. ¡Él! ¡el infierno le auxilia!
¿él insultar mi familia?
Saldrále su audacia cara.
¡Oh! haré un terrible escarmiento:
yo le arrancaré el toison,
enlodaré su ropon,
y le haré sin miramiento
cumplir con la ley completa,
y al suplicio por traidor
irá como un malhechor
sentado en una carreta.
¿No me comprendes, mancebo?
Mas respira á tu placer,
que es inmenso mi poder
y á todo con él me atrevo.
Del poder de que abusó
apartó á Vergara el rey.

Rodrigo. ¿No es ya Vergara el virey?

Garcia. No; ahora el virey soy yo.

Rodrigo. ¡Ah! desatadme, y salgamos...

Garcia. Sí, que todo cabe en él.

(Va don Rodrigo á la puerta por donde entró don Garcia, y la halla cerrada.)

Rodrigo. Mas resiste este cancel...

Garcia. ¡Cielos! perdidos estamos.
Cerróle detras de mí
cuando aqui me acompañó,

y el lazo que me tendió,
ciego de rabia, no ví.
¡Vive Dios!

Rodrigo. Desdicha fue
de nuestra suerte tirana.
(*Suena la campana.*)
Mas ¡Dios santo! la campana.
¡Todo se perdió!

Garcia. ¿Por qué?

Rodrigo. Esa campana, señor,
anuncia que mi Angelina
hácia el cadalso camina
sin consentir en su amor.

Garcia. ¡Ah! todo lo entiendo ahora.
Por eso el traidor Vergara
pedia que le dejara
mandar aun una hora!
creí á la hija de mi amor
vengar entretanto en tí.

Rodrigo. ¿Y habeis consentido?

Garcia. Sí.

Rodrigo. ¡Ah! ¿qué habeis hecho, señor!

(*Durante esta escena y la siguiente óyese doblar pausadamente la campana de modo que no estorbe á la representacion. Oyese murmullo como de cánticos sagrados á lo lejos, y la luz de las hachas que se supone que acompañan á Angelina penetra por la reja de la puerta, por la que no debe verse mas que el resplandor.*)

Garcia. Mas oye ¿qué significan
esas voces religiosas?

Rodrigo. No sé, pero me estremecen.

Garcia. Se ve resplandor de antorchas
por esa reja.

Rodrigo. ¡Dios mio!
¿Qué procesion tenebrosa
de enlutados es aquella
que se aleja por las cóncavas
galerias?

(*Se asoman á la reja tapándola con sus personas, impidiendo al público ver lo que pasa por el fondo.*)

Garcia. Es sin duda

algun entierro.

Rodrigo. Oid : dobla
un atambor destemplado.

Garcia. Oye, oye lo que pregonan.

Rodrigo. ¡Es una justicia!

Garcia. Escucha.

(*Suena el pregon á lo lejos.*)

Voz. Esta es la justicia que manda hacer en nombre del rey nuestro señor, su escelencia el conde de Vergara, virey de Nápoles, en la persona de Angelina de Orellana, por delito de lesa magestad.

Garcia. Tened, canalla traidora.
Yo soy el virey de Nápoles.
Abrid pronto esta mazmorra,
ó ¡voto á Dios, que en cenizas
tornaré la ciudad toda!

Rodrigo. Ay, padre, que estan muy lejos,
y vuestras voces ahoga
la multitud que murmura
y en vano intentais que os oigan.

Garcia. ¡Oh! ya se pierden cruzando
las galerias tortuosas.

Rodrigo. Todo es en vano; señor.

Garcia. El corage me sofoca.
Guardias, soldados, á mí:
al que mis cerrojos rompa,
le haré tan rico, que pueda
despreciar una corona.

Un soldado. (*Por fuera de la reja.*)
¿Qué es lo que estais ahi gritando?

Garcia. Llega, buen soldado, toma.
(*Alargando por entre la reja sus credenciales.*)
Yo soy el virey de Nápoles,
mis credenciales en forma
son esas; corre al consejo
á presentarlas, y pródiga
mi mano te abrirá de oro
cuanto mi raza atesora.

Soldado. (*Riendo.*)
¿Vos el virey?

Garcia. Mira, mira.

Soldado. Vaya, esta gente está loca.

Garcia. Lee por piedad, y la firma
verás del rey.

Soldado. ¡Esa es otra!
ni yo sé leer, ni nada
de lo que decís me importa.

Garcia. ¡Por cristo crucificado!
Si llamas quien nos socorra,
te haré alcaide del castillo.

Soldado. ¿Y si por ello me ahorcan
antes de llegar á serlo?

Garcia. ¡Triste de mí! ¡No hay quien ponga
fin á tan duro suplicio!
¡Con que ningun medio logra
tener ese asesinato!

Soldado. ¡Pobre viejo: cómo llora!

Rodrigo. ¡Y aun esa fatal campana
temerosamente dobla!

Garcia. ¡Y va á la muerte mi hija....!

Soldado. Calla, sois de esa señora...

Garcia. Su padre, ¡voto á los cielos!
¿no lo has entendido hasta ahora?

Rodrigo. ¡Oh! te enternece, soldado,
nuestra situacion penosa!

Garcia. ¡Por la Virgen sacratísima!
Esas credenciales toma,
corre al consejo, y la salvas.
Es inocente.

Soldado. En buen hora:
dadme esos papeles, dadmelos;
que si hago esa buena obra,
todo lo demas es nada.

Rodrigo. Toma, y vuela, y Dios te acorra.

ESCENA VI.

DICHOS.—EL VIREY, *que durante la escena anterior se habrá asomado al balconcillo.*

Virey. Llegará tarde, señores.

Garcia. ¡Oh vívora ponzoñosa!

El cielo ponga en tu alma
el pesar que me destroza.

Virey. Yo os juro, buen don Garcia,
que comprareis á gran costa
el vireinato de Nápoles.

Garcia. Téngale tu alma ambiciosa,
si tanto el mando te agrada.
Yo te le vuelvo.

Virey. Me sobra
con las dos horas que tengo.

Garcia. Tiembla, traidor: esas horas
te abreviará tu consejo.

Virey. Es esperanza ilusoria:
yo presentaré contra ellas
tu firma y palabra propia.

Garcia. ¡Oh, por piedad, tu venganza
descarga en mí... mas perdónala!
(*La campana deja de tocar.*)

Rodrigo. (*Espantado.*)
¡Infelices de nosotros,
ya la campana no toca!

Garcia. ¡Dios mio!

Virey. Y ya está cumplida
su sentencia. Sed ahora
virey de Nápoles, sedlo:
y vuestra primera obra
sea abrir su sepultura
y hacer celebrar sus honras.

Garcia. ¡Oh, calla, y Dios te maldiga!
(*Vuelve á sonar la campana con mas prisa.*)

Rodrigo. Escuchad: otra vez dobla
la campana.

Virey. ¡Cielos!

Rodrigo. Padre,
á rebato es lo que tocan.

Suenan arcabuzazos, tambores y clarines á lo lejos.)

Rodrigo. ¡Tiembla, miserable, tiembla
si la fortuna se torna!

Virey. ¡Tiembla, si yo te presento
la cabeza de tu esposa!

El tumulto y las voces se acercan. Oyense gritos de ¡muera el conde de Vergara!, *y se ve por la reja de*

la puerta el resplandor de los hachones. Don Garcia y don Rodrigo se abalanzan á la puerta, gritando á los de afuera.)

Rodrigo. Aqui, soldados, aqui;
favor á Nápoles.

Un soldado. ¡Hola!
Aqui estan: ¡eh! camaradas,
abajo la puerta.

Otro. Otra
palanca por ese lado.

Virey. ¡Cielos! la turba traidora
los calabozos asalta.
Huyamos.

(Va á salir y halla cerradas las puertas del balconcillo.)

¡Mas qué alevosa
traicion: por dentro han cerrado
este balcon!

(Golpea y empuja las puertas que no ceden.)

¡Oh, ellos doblan
sus esfuerzos! ¡Me han vendido!
mas mi suerte no me importa
si se logra mi venganza.

Pueblo. ¡Adentro!

ESCENA VII.

Cae la puerta y entran en tropel soldados, pescadores villanos, &c., &c., con antorchas, chuzos, picas, sables, &c. DON GARCIA Y DON RODRIGO, *al ver que no viene entre ellos Angelina, dan un grito y van á salir diciendo á un tiempo.*

Garcia. ¡Virgen piadosa!
¿Y mi hija?

Rodrigo y Garcia.
¿Angelina?

Virey. *(A don Garcia.)*
No la esperes:
con ella el mando me compras.

Diego. *(Dentro.)*
Abridnos paso.

Rodrigo. ¡Ese acento...!

(*Diego, abriéndose paso de repente, se presenta trayendo á Angelina, la cual se echa en los brazos de don Garcia y de don Rodrigo.*)

Rodrigo. ¡Dios mio, es ella!

Garcia. ¡Hija mia!

Angelina. ¡Padre, esposo!

Virey. ¡Ah, él me vendia!

Un pescador. (*Viendo al conde de Vergara.*)
¡El virey!

Pueblo. ¡Muera!

Diego. ¡Eh! con tiento.
(*Al virey.*)
Las vueltas os he cogido,
señor Vergara, que al cabo
el astuto vence al brabo
y en mi trampa habeis caido.

(*El balcon se abre y deja ver dos hileras de soldados españoles que guardan al virey.*)

Mi cabeza me exigisteis
ó el incógnito del mar,
y os le vengo á presentar:
aqui está el que me pedísteis.
(*Señalando á don Garcia.*)

Virey. ¡Oh rabia!

Pueblo. ¡Muera!

Otros. ¡Matarle,
matarle!

Garcia. Todos atras.
Solo el rey tiene no mas
derecho de castigarle.
Vergara, á su real consejo
os remito, y sin encono
como quien soy os perdono,
y como vencido os dejo.
Y esta piedad que acrisola
mi justicia y mi nobleza,
os prueba cuánta grandeza
cabe en un alma española.

(*Los guardias retiran del balcon al conde de Vergara. Don Garcia toma de la mano á su hija y á don Ro-*

drigo: la multitud les abre paso y salen. Al irse todos tras ellos dice

Diego. ¡Viva don Garcia de Orellana, virey de Nápoles!

Todos. ¡Viva!

FIN DEL DRAMA.

le estado.
un coronel.
ronés.
tempestad.
provisada.
tapicero.
rones.
as feo de Francia
ina.

: una madre.
s del diablo.
n dos puertas.

tones.
ado.

nterés.
uelvo.
re.
lbao.

ina.
alo.
la y casada.
e.
dédicis.
le industria.
eñador.
Belle-Isle.

la huérfana.
hambre.
.
n de los inocentes.
os.
el rey de Prusia.
Castro.
e bien.

e familia.
a de Carlos II.

flamenco.
privado.
e Alby.

za.
z y Felipe II.

us agravios.

ar el cetro.
despues.
cio.

.
guecita.
.
ncojido.

Godo.

on la espada.
Guadalajara.
rey D. Sancho.
anjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton !!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivrí.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca !
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre !
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado.
La reina por fuerza.
Tóo jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

50 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

28 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Almeria	Gonzalez.	*Murcia*	Gisbert.
Alcoy	Marti Roig.	*Oviedo*	Longoria.
Alicante	Champourcin.	*Orense*	Novoa.
Burgos	Arnaiz.	*Pamplona*	Erasun.
Badajoz	Viuda de Carrillo.	*Palencia*	Santos.
Barcelona	Piferrer.	*Palma*	Gelabert.
Bilbao	Garcia.	*Santander*	Riesgo.
Cadiz	Moraleda.	*Salamanca*	Oliva.
Córdoba	Berard.	*Sevilla*	Caro Cartaya.
Coruña	Perez.	*Santiago*	Rey Romero.
Granada	Sanz.	*S. Sebastian*	Baroja.
Jaen	Orozco.	*Vitoria*	Ormilugue.
Jerez	Bueno.	*Valencia*	Navarro.
Leon	Miñon.	*Valladolid*	Hijos de Rodriguez.
Lugo	Pujol.	*Zaragoza*	Yagüe.
Málaga	Aguilar.		

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.

Astronomía de Aragó: un tomo, 14.

Estas obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.

—— de **D. José de Espronceda:** un tomo, 24.

—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.

Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Introduccion á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

Cuentos fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

El libro del pueblo: un tomo, 6.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.

El pobrecito hablador, por Larra: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.